

VOCES Y MEMORIAS DE UNO Y OTRO DÍA

**ALBA LUCÍA SANTACRUZ ESPAÑA
ELIANA MICHEL ZAMBRANO VITERI**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015**

VOCES Y MEMORIAS DE UNO Y OTRO DÍA

**ALBA LUCÍA SANTACRUZ ESPAÑA
ELIANA MICHEL ZAMBRANO VITERI**

Trabajo de Grado presentado para optar el título
de Licenciadas en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de las autoras.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, junio _____ de 2015

AGRADECIMIENTOS

Las autoras expresan sus agradecimientos a:

Mis padres, por ser mi guía y mi soporte en el diario vivir; por comprenderme y guiarme en esta ardua y larga tarea de vivir; por sus consejos y su amor incondicional.

A William, por su ayuda y comprensión en las largas horas de trabajo y por estar en los momentos difíciles.

Al profesor Gonzalo, por hacer posible este trabajo; por su valiosa colaboración y orientación.

A Michel, por ser incondicional y sincera amiga y por todas las experiencias compartidas.

A las personas que, con sus relatos, posibilitaron este trabajo y que con sus experiencias de vida dejaron innumerables enseñanzas.

Lucía

A mis padres, por su paciencia, su comprensión, su apoyo y su amor; por ser guía en el camino de la vida.

A Dios, por haber permitido la terminación de esta etapa.

Al profesor Gonzalo Jiménez Mahecha, por la paciencia, por los consejos, por sus aportes y por ser un gran guía para la culminación de este trabajo.

A mi pareja, por su apoyo absoluto y constante.

A mi amiga Alba Lucía, por ser una persona incondicional; por su paciencia y comprensión.

A las personas que aportaron con sus historias de vida para que este trabajo se pudiera realizar y que dejaron grandes enseñanzas.

A William Linares, por su colaboración, destacando la realización de los gráficos, como aporte para este trabajo de investigación.

Michel

A mis padres,
que, con su sacrificio y ejemplo, me han dado alas
para salir adelante.

Lucía

A mis padres, Jesús y Adriana, por ser el apoyo incondicional en este arduo camino.
A mis abuelos, Miguel y Luz Dary, por su paciencia, su gran amor y apoyo constantes.
A mi gran amor, Edison, por estar siempre a mi lado y ser un gran apoyo en cada momento de la vida.
A mi bebé, Samuel que, aunque no pudo ver la luz, fue gran motivación para el desarrollo de este trabajo.

Michel

RESUMEN

Voces y memorias de uno y otro día es un trabajo que se presenta como una obra de creación literaria, un texto diseñado para todo público, donde se comparte una variedad de relatos acerca de experiencias de vida, a partir de una relación entre lo académico y lo social, para que el lector se sumerja en la lectura y pueda encontrar una temática que lo invite a reflexionar y a crear en sí mismo una actitud crítica.

Este trabajo se ha creado para mantener vivas las experiencias y con ellas proporcionar enseñanza o entretenimiento al compartirlas con el lector, para que las enseñanzas que deja cada relato no se pierdan cuando ya la persona que las ha narrado deje de existir; además, para que el ejercicio de narrar no se pierda en el tiempo y la interacción entre las personas no pase a estar en un segundo plano.

En otras palabras, este trabajo aspira a ser una herramienta de aprendizaje, que abre la posibilidad de pensar cuán formativos pueden ser estos relatos como herramienta de educación en el aula de clases, al poner a la oralidad en relación con el ámbito de formación.

Palabras clave

- Educación
- Escritura
- Literatura
- Oralidad
- Relato

ABSTRACT

Voces y memorias de uno y otro día is a work presented as a work of literary creation. This is a text designed for all age groups; here, a variety of stories about life experiences are shared, from a relationship between the academic and social; so the reader is immersed in reading and to find a topic that invite him/her to reflect and build themselves a critical attitude.

This work has been created to keep alive those life experiences and, with them, providing teaching or entertainment when shared with the reader, hence, as each story leaves some teachings, they are not lost when the person has ceased to exist. In addition, this narrative exercise won't be lost in time and the interaction between people won't be leaved in the background.

In other words, this work aims to be a learning tool; it opens the possibility of thinking how formative these stories can become as an educational tool in the classroom, putting orality in relation to the scope of training.

Keywords

- Education
- Literature
- Orality
- Tale
- Writing

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	11
1. VOCES Y MEMORIAS	14
1.1 EL ACERCAMIENTO	14
1.2 RELATO POPULAR	16
1.3 RELATO ORAL Y EDUCACIÓN	16
1.4 ORALIDAD Y ESCRITURA	18
2. RELATOS DE VIDA	20
2.1 EL SEPULTURERO	20
2.2 EL ZARCO	28
2.3 UN AMA DE CASA	34
2.4 EL PATRÓN	40
2.5 DON JUANITO, EL CONTADOR DE HISTORIAS	45
2.6 UN EMPLEADO DE GOBIERNO	48
2.7 HISTORIA DE UN PANADERO	52
2.8 LA LLEGADA A LA CIUDAD	57
2.9 EL LOCO ARMANDO	61
2.10 LA JUVENTUD DE ANTES	70
2.11 EL CARNITAS	75
3. CONCLUSIONES	79
BIBLIOGRAFÍA	81

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. El sepulturero	26
Figura 2. El zarco	30
Figura 3. Un ama de casa	36
Figura 4. El patrón	42
Figura 5. El contador de historias	47
Figura 6. El loco Armando	65
Figura 7. La juventud de antes	71

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se refiere a reconocer la importancia de historias de vida, que pueden relatar las personas del diario vivir; cada instante de la vida de un ser humano está lleno de experiencias que, al contarlas, se convierten en relatos. *Voces y memorias de uno y otro día* es un trabajo seductor, por cuanto la investigación se ha realizado en el área urbana y se lo ha querido así porque las personas que viven en la ciudad tienen una gran riqueza oral, estas personas tienen historias que contar, ya fuesen historias de vida propias o historias que se han dado en su entorno.

El problema está en que unos pocos, o casi nadie, se interesan por estas historias, por lo que esta investigación se ha centrado en la búsqueda de breves relatos, con personas comunes, con aquellas personas anónimas, que viven cerca del entorno personal de las investigadoras, en su diario vivir. Para realizar este trabajo, ha sido importante escudriñar en la vida de estas personas, para preguntar sobre sus experiencias de vida, con el fin de dialogar y registrar algunas cosas sobre lo que saben y, de este modo, registrar algunos elementos de la palabra hablada, que poco a poco ha ido perdiendo su validez y su poder en las mentes de las comunidades; la tecnología se ha convertido en un instrumento de doble filo: si bien es útil y es un mecanismo que ha globalizado los saberes, también ha causado el alejamiento entre las personas, a las que las han absorbido e hipnotizado las nuevas herramientas de “comunicación”, pero que, lastimosa y precisamente, han desligado la palabra hablada del acto comunicativo, que permite el intercambio de saberes y, por ende, el encuentro con el otro; entonces, este trabajo busca conocer algunas de las formas de vida en tiempos pasados y recientes, a través de los recuerdos, traer al presente esos tiempos y, con ellos, las vivencias que, si bien no son las mismas aquí ni en ninguna parte del mundo, permiten comprender que el aprendizaje se da de diversas maneras y acerca a las diferencias vivenciales entre las personas; así, este es el pretexto para que, con la información recolectada, se pudiera realizar un ejercicio de escritura con miras a enriquecer el conocimiento de la oralidad y de la memoria colectiva, no sólo a partir de lo rural/universal, sino también a partir de lo personal/urbano, a partir de una historia que propicie el acercamiento al otro, pues esto poco a poco se ha ido dificultando debido a la tecnología y a la falta de interés por la vida de los semejantes.

La idea de hacer este trabajo de recopilación de historias de vida surge con la oportunidad que se ha tenido de conocer las vivencias de otras personas, que sirven como ejemplo de vida, que aportan su experiencia y, también, permiten conocer cómo era o es el entorno vivencial. Los relatos trasladan a tiempos pasados, principalmente, para conocer las vivencias de personas con una calidez humana particular; permiten conocer la vida de personas que han luchado para ser lo que son o tener lo que tienen; los relatos hacen que las personas recuerden su pasado, lo compartan con los demás y, por este medio, propongan un ejemplo de vida y conlleven la reflexión. Los relatos, en este trabajo recopilados, hacen que

el lector entre a un campo de reflexión, que le permita analizar la vida en el pasado, en el presente y en el futuro; también, que reflexione sobre lo seres humanos que lo rodean diariamente y deje atrás, en algo, su afán de pensar solo en sí mismo.

Se busca que, con la lectura de los relatos, el lector reflexione, se plantee varios interrogantes y llegue a desarrollar un pensamiento crítico; también, para que las personas que no están acostumbradas a la lectura, con este tipo de textos lo hagan, ya que son breves historias de vida, relatos cortos, que no son fastidiosos, que llaman la atención y, desde el primer relato que se lee, las lleve a leer el resto, por la facilidad para la comprensión y hasta pueden llegar a sentirse identificadas con alguna de las historias de vida que se incluyen.

Con la realización de este trabajo, se ha pretendido crear un libro, con pretensiones literarias, donde se desarrolla un ejercicio de narrativa, a partir de las entrevistas realizadas, con la finalidad de mostrar que el conocimiento no solo se aprende a través de los libros o de la Internet, sino, también, de las experiencias de vida de cada persona, lo que lleva a reflexionar sobre las dificultades de escritura, las claves y dificultades para crear una buena narración; también, impulsa a interesarse por aprender a través de los relatos y analizar cuán educativa puede llegar a ser cada narración reunida en este proceso de investigación.

Este trabajo de investigación es de carácter descriptivo, por cuanto radica en llegar a conocer situaciones, costumbres y actitudes a través de la descripción de actividades, objetos, procesos y personas; además, es una investigación exploratoria porque se desarrolla sobre un tema poco estudiado, por lo que sus resultados constituyen una visión aproximada de dicho objeto, donde se intenta trabajar con una parte de la comunidad y, a partir del contacto con ella, se ha realizado ese ejercicio de escritura, a partir de lo que algunas de las personas elegidas han relatado.

Es una investigación de trabajo de campo, en cuanto ha recurrido a métodos de trabajo sobre el terreno, que se ha desarrollado en el lugar de los hechos, porque se tomó a personas del común, aquellas personas con las que a diario se establece una interrelación y están en el entorno próximo que, si bien no ostentan ningún tipo de reconocimiento público, que viven en el anonimato, precisamente han tenido algunas cosas que contar y que enseñar, pues el hecho de que fuesen personas adultas ha ayudado a que se llevara a cabo esta investigación.

Esta investigación es de carácter literario porque, al intentar construir un texto creativo, necesariamente se ha remitido a un conjunto de signos lingüísticos y se ha enfrentado un estudio real, riguroso y complejo, donde se han tenido en cuenta los múltiples elementos que intervienen en el acto comunicativo, al tomar en cuenta, además, el tiempo, el espacio y algunas circunstancias específicas, todo lo anterior con la finalidad de lograr objetivos concretos y, a partir de la metodología empleada, hacer una reflexión en torno al método de escritura, que es de suma importancia, ya que obviamente ha hecho de esta investigación algo único en cuanto a cómo se ha abordado el tema.

Se debe señalar que este trabajo ha surgido a partir de la observación de trabajos afines realizados, tales como el trabajo de Sandra María Escobar Morillo y Ricardo Germán García Chamorro, titulado *Historia de vida de don Guillermo Coral, curandero mestizo de la zona urbana del municipio de Pasto*, donde se exploró la zona urbana y se recopilaron las experiencias de vida de un personaje, para brindar su saber cultural y proporcionar algunas enseñanzas; otro trabajo que se considera relacionado es el trabajo de Ana Constanza Rojas Latorre, titulado *Una mirada de piel. Texturas de mujer en la ciudad de Pasto*, texto de recolección de relatos urbanos que, a partir de la consolidación de narraciones, se adentra en el ejercicio de escritura, para fortalecer la formación educativa.

Durante la investigación de campo se presentaron algunos obstáculos: uno tuvo que ver con el aspecto teórico, pero se ha intentado enmendar de la mejor manera; otro inconveniente fue la disponibilidad tanto de querer y de tiempo de las personas a entrevistar, para desarrollar un trabajo de campo más minucioso.

En cuanto a los logros de este trabajo, se tiene que existe una investigación insuficiente sobre la oralidad en el sector urbano; también, se plantea hallar un modo de poder recopilar información sobre la memoria oral en la comunidad urbana, a través del encuentro con las personas, por medio de las charlas, primordiales para crear amistades a nivel social, porque cada ser humano es una historia de vida, cargada de un sinnúmero de experiencias, que si se las analiza desde un punto de vista pedagógico, llevan a un camino de enseñanza y aprendizaje.

Con el propósito de presentar un recuento de relatos sobre historias de vida, este trabajo se ha estructurado en tres capítulos, donde cada uno cumple un papel importante, al representar a la oralidad y el relato popular, a partir de la historia de vida de personas: el primer capítulo alude a la parte teórica sobre oralidad, literatura, relato oral y educación; el capítulo segundo incluye la recolección de los relatos que se logró extraer de la comunidad y algunas reflexiones que surgen a partir de ellos; en el tercer capítulo se dan a conocer las conclusiones, que muestran los resultados surgidos a partir del trabajo, enfocados en lo educativo que pueden llegar a ser las historias de vida relatadas para el lector.

1. VOCES Y MEMORIAS

La relación con los demás seres humanos le da sentido a la vida, cuando se da, con el otro, un intercambio de saberes, de experiencias, de creencias; ya en el momento de entrar en confianza, en la llamada charla, las personas no son extrañas, ya se familiarizan, y eso sucede en el acercamiento a los demás; es lo que se siente al conversar con los habitantes de la comunidad que amablemente regalaron un momento de sus vidas para contar sus historias y el imaginarse lo sucedido hacía que cobraran vida en la mente y, tal vez, se recordaban historias similares, que habían contado antes otras personas, pero no se les puso la atención que requerían.

En el acercamiento a las personas, se consiguió percibir cuán interesante era conocer cada historia de vida, porque cada una de ellas dejaba una enseñanza de saberes que deja la vida personal en su cotidianidad, en la vida en su comunidad y en la sociedad, donde se viven diferentes hechos, ya fuesen trágicos o agradables, que han quedado en las mentes de quienes los vivieron, que, al no compartirlos, se pierden en el tiempo y quedan en el olvido. Esto permite comprender los acontecimientos habituales de una persona común y corriente, del entorno diario y lleva a pensar en la relación que se tiene con las personas cercanas, de las que la mayoría no han tenido una oportunidad educativa formal, pero, con la poca instrucción que recibieron, guarda cada una un tesoro del saber, que muchos, quizás, considerarán sin importancia, pero solo basta un instante para darse cuenta de la significación de esas enseñanzas, que deja cada persona circundante en la zona urbana.

1.1 EL ACERCAMIENTO

Este acercamiento a las personas que han colaborado en este trabajo surge por la necesidad de conocer y reconocer en el otro el conocimiento, pero no en el ámbito académico, sino en el saber que se da a partir de su propio aprendizaje en la vida diaria, en su propio acontecer; cada una de las personas que, a su vez, es la protagonista de su propia historia o cuenta las historias que otros contaron, en la mayoría de los casos posee poca o escasa formación académica, cosa que no fue obstáculo para salir adelante en la vida; por el contrario, al parecer eso precisamente propició un cambio de mentalidad, no solo a nivel personal sino también familiar, por cuanto para algunos fue el pretexto para salir de su tierra natal e ir en busca de un “mejor futuro”, lo que trajo consigo el tomar decisiones que, a corto, mediano o largo plazo tendrían por necesidad unas consecuencias.

Uno de los objetivos que se plantea en este trabajo es hacer una compilación de dichos relatos, con el fin de recoger en ellos la sabiduría, el conocimiento y las experiencias de la vida urbana; no se quiso elegir a personas que ostentaran una posición destacada en la sociedad, sino se buscó a personas que, en el transcurrir de su vida, han sido seres

anónimos, pero esto no quiere decir que sus conocimientos y vivencias fuesen menos valiosos. Para el desarrollo de esta investigación, se escogió al vecino que vende pan, al delincuente común, al carnicero, al inmigrante..., personas que están presentes en el diario vivir; al adentrarse en cada historia de vida, se evidenciará cómo cada persona tomó sus propias decisiones y cómo, a su vez, la afectaron o la beneficiaron.

Las madres de familia, o amas de casa, que tuvieron que asumir las riendas del hogar, son mujeres que han buscado el bienestar de sus hijos y han sabido sobrellevar las adversidades que se les presentaron y que, en su momento, tuvieron que enfrentar sus propios temores y el rechazo de una sociedad que no admitía ni aceptaba que la mujer pensara y tomara decisiones por su cuenta.

También, se tuvo la oportunidad de encontrarse con aquellas personas a las que rechaza la sociedad, aquellas que se sienten solas y sin apoyo, que anhelan cambiar, y a las que lastimosamente se les cierran las puertas, pero, en esta ocasión, han enriquecido este trabajo, porque dan otra perspectiva de la vida, no solo mostrar el lado amable, sino también la crudeza de vivir marginado, el ver el otro lado de la moneda y ponerse, por un momento, en los zapatos del otro y, por un instante al menos, no juzgarlo, sino, por el contrario, comprenderlo; a esto invitan todos y cada uno de los relatos, a reflexionar y a ver que el valor de la vida radica precisamente en cómo se aprende a vivirla.

Las personas de la tercera edad, sin duda alguna, fueron de suma importancia, porque son personas que tenían mucho que contar y con sus historias aportaron sobremanera; con ellos, se ha posibilitado adentrarse un poco en las creencias populares presentes en el Departamento, sus creencias arraigadas en fenómenos sobrenaturales, con las que explican acontecimientos de su existencia, situaciones que contaron con gran emoción, sucesos que, hasta el día de hoy, no tienen una explicación lógica y a los que se les sigue dando respuesta solo mediante las invenciones; son experiencias sobrenaturales que, es evidente, marcaron y tocaron su existencia.

No fue extraño, por el contrario, encontrar personas que le buscaran una explicación lógica a sucesos extraños y, ciertamente, la tenían y de ahí surge un interrogante un tanto curioso: ¿Cuántas veces los antepasados no se engañarían al creer en fenómenos que quizá nunca sucedieron?

Lo realmente importante de este trabajo es reflexionar sobre las vivencias, sobre cómo cada persona percibe su entorno, su cotidianidad, su historia... Algunas de las personas entrevistadas manifestaron lo siguiente: “si usted cree que eso es interesante” o “mi vida fue y es lo más de normal”; sin darse cuenta que cada historia es un mundo por conocer, cada relato es un verdadero tesoro que está y permanece oculto; por ejemplo, se observó que en más de un relato aparecen fragmentos que parecen sacados de un libro de ficción, pero son, para la persona que lo contó, su realidad que, al final, se ha plasmado con el fin de dejar una enseñanza o sembrar una duda y por generar el interés, valga decirlo, por la oralidad y los saberes personales; la finalidad última con estos breves relatos es compartir

unos conocimientos y provocar sensaciones varias que tocan al lector, para que, al fin, ellos, como cada persona, traigan voces del ayer, al hoy.

1.2 RELATO POPULAR

Los relatos populares dan respuestas ilógicas a situaciones específicas o sobrenaturales que, posteriormente, pasan a ser creencias muy arraigadas en cada ser humano, aunque también dependen del contexto socio-cultural e histórico en el que surgieron y que tuvieron fines didácticos, religiosos, dramáticos, moralizantes, o simplemente placenteros. Así, los relatos, una vez aprendidos, pasan a convertirse en criterios que permiten explicar la realidad con predisposiciones que guían la conducta o ideología.

Los relatos populares son narraciones que contienen componentes fantásticos y maravillosos, que permiten explicar de una forma más didáctica un acontecimiento, por lo que son indispensables para difundir algunos conocimientos que, a su vez, sirven para enriquecer los saberes; por eso el relato popular se vuelve llamativo debido a sus elementos y por la persona que lo narra, ya que de él depende qué tan interesante o no pudiera parecer. Si se aplica en el aula de clase, la labor del docente es narrar, contar, recrear y hablar de hechos pasados y la manera en que se exponga la temática debe ser entendible y amena para los alumnos, para que de esta manera se interesen por conocer y aprender.

El relato popular se convierte en la manera más eficaz para difundir conocimientos, ya que es una forma breve, sencilla, amena y agradable de dejar una enseñanza y, al presentar un relato, cada persona es libre de interpretarlo a su manera; así mismo, los relatos se acercan a la realidad cotidiana en tanto las personas, los sucesos, los lugares y el tiempo no le son ajenos a quien los escucha, cosa que permite que quien los lea se sienta familiarizado de una u otra manera.

La intención del relato es difundir una enseñanza, ya que, al surgir de un entorno socio-cultural e histórico e impactar en las creencias de cada persona, se estereotipan y crean nuevas conductas en los seres humanos; si se dice que detrás de cada mala conducta viene un castigo, y al estar tan arraigadas en una determinada cultura, se emitirá y revivirá para las nuevas generaciones con el fin de enseñarles y dejarles ese legado.

1.3 RELATO ORAL Y EDUCACIÓN

El relato oral es la forma más sencilla de interactuar con los demás; su principal característica es la de la comunicar experiencias o saberes; por lo tanto, se puede decir que el relato oral, contado por medio de la palabra hablada, da vida a la memoria. Y resulta que esa palabra hablada es la más utilizada en tiempos de analfabetismo, para expresar los

conocimientos adquiridos por la experiencia; por lo tanto, esa palabra hablada es la naturaleza del expresar oralmente el diario vivir, las costumbres, las experiencias adquiridas y cada narración contada y todo esto se hace para conservar las vivencias del pasado y dejarlas plasmadas en el imaginario de quien las escucha: “las palabras son vulnerables ya que constituyen la llave del tesoro de la experiencia de antepasados que trabajaron, amaron y sufrieron en tiempos pretéritos”.¹ El relato oral es un conjunto de palabras que hacen que el pasado reviva en el presente, por la gran cantidad de conocimientos que difunde; cada palabra hablada surge del interior de cada ser humano por la necesidad de comunicarse en la sociedad.

Al hablar de relato, se habla de experiencias de vida, ya fuesen propias o ajenas, que se crearon, ya en el seno de la familia o ya en la comunidad. Los relatos orales permiten anunciar sobre el personaje, quién es, qué hace, cuál es el sentimiento que está experimentando. Los relatos ocultan decires y pensares, ayudan a vislumbrar el mundo; permiten comunicar también, a manera de consejo, por qué se debe tomar, o no, cierto modo de acción. Cada relato oral es una enseñanza, que puede tener variadas interpretaciones para cada individuo que lo escuchara o leyera, puesto que cada ser humano asocia lo narrado a sus propias vivencias. El relato oral se vincula a la historia, uno depende de la otra, porque el relato le da vida a la historia; por medio del relato, el ser humano se enteraría de acontecimientos del pasado; por lo tanto, para tener una historia que contar, antes se debieron vivir los hechos. Cada narración tiene vida en el momento en que se la cuenta y en ese momento se puede tomar al relato oral como un recurso educativo, para que instruya.

El relato puede considerarse una narración alegre, jocosa, pero también los hay con temas tristes, lo que no significa que contengan mayor o menor enseñanza; eso indica que la vida tiene buenos y malos momentos, pero que aportan gran enseñanza al individuo, para que se desenvuelva como ser humano en la sociedad.

Con este trabajo de investigación, se pretende utilizar el relato oral como un medio de enseñanza y aprendizaje, ya que cada narración contiene un sinnúmero de saberes culturales, sociales o históricos. Por lo tanto, se precisa acudir a estas fuentes orales, para proyectar en cada individuo una idea del pasado, para entender el presente y, de esta forma, conocer expresiones de la vida social.

Cada relato oral puede tratar sobre una cultura o una vida diaria, tomada como algo que no difunde conocimiento alguno; sin embargo, puede utilizarse como un medio para educar. Es importante hacer del relato oral una herramienta para utilizar en el aula de clase, como un

¹ Jan Vansina. *La tradición oral*. Barcelona: Labor, 1967, p. 7.

gran apoyo para el profesor en su charla pedagógica, cuando el profesor narra experiencias de lectura y, después, observar qué son capaces de aprender los estudiantes, llevar a los estudiantes a que crearan y divulgaran relatos, ya fueran particulares o familiares; en cada familia o sociedad existen relatos que sería importante conocer, para compartirse y difundirse a los demás. Sería importante arriesgarse un poco por este camino y cambiar de metodología, salir de la rutina, utilizar las experiencias de vida de otros y llevar a los alumnos a un campo de reflexión y crítica, que los llevase a ser personas que puedan formular nuevas doctrinas. Por medio de los relatos orales, se puede llevar a los alumnos a adentrarse en el campo de la creación literaria, con un diálogo, una charla en el aula de clase, donde se puede conjugar cada pensamiento, favorecer la capacidad de análisis y evaluar críticamente los valores incorporados en cada relato y el porqué de las decisiones tomadas.

El diálogo es una gran estrategia para que se dé un buen aprendizaje; que esa charla en clase se desarrolle en un ambiente relajado, donde se realice un intercambio de ideas o pensamientos entre los participantes, que aportan diferentes puntos de vista o de reflexión, además de que llevan a los alumnos a aprender a argumentar sus críticas y a ser más razonables en sus pensamientos y en las decisiones a tomar. Es bueno que el profesor llegue al aula de clase, con material nuevo, diferente al material de repetición de los pensamientos de otros, con utilización de relatos de personas que viven en el mismo entorno y se lleve a la crítica de lo que llega a su mente, para que, al final de la búsqueda, los estudiantes se conviertan en personas con pensamientos propios.

El papel del profesor nunca debe ser neutro; debe inclinarse por una postura respecto al cómo enseñar, cómo ser un buen profesor y, también, cómo aprender de los alumnos en cada clase; se debe tomar la actitud de profesor y preguntarse qué docente quiero ser, para que durante la formación cada alumno organice su visión del futuro, que fuese cada vez más autónomo; es decir, que como próximo docente, tome decisiones sensatas sobre el modelo de profesor que quiere llegar a ser para sus alumnos.

1.4 ORALIDAD Y ESCRITURA

La oralidad y la escritura deben converger
en la tarea de recolección y salvaguarda
de la memoria colectiva y del saber popular.
Documento central de la Maestría en etnoliteratura

La oralidad se vincula estrechamente a todos los hechos humanos; se utiliza desde el comienzo de la Historia, para explicar el origen de las cosas, de las costumbres, de las fantasías de la humanidad, para explicar la realidad. Por medio de la oralidad, con la mezcla

de experiencias de la imaginación, se permitió crear historias de la vida. Evidentemente, no hay una comunidad que viva sin relatos; la oralidad, en la sociedad, ha sido de gran importancia para entrelazar muchas representaciones de la vida, lo que se da por medio de la palabra; aunque se consideraba a la escritura como un debilitador del pensamiento, por su medio se conocen historias de personas del pasado pues, de no quedar plasmadas en un papel, ni se supiera sobre los antepasados.

La oralidad es la lengua misma de la humanidad, es la voz de las historias de la comunidad; la oralidad, o la palabra hablada, es la antecesora de la escritura; entonces, no existiría la escritura sin la oralidad. Aunque a la oralidad se la ha discutido e interrogado desde que se dio la aparición de la escritura, ya que se la ha tomado como la forma de difundir el conocimiento; en tiempos pasados, todo era por medio de la oralidad y era, pues, la manera de comunicación que tenían los antepasados; y es la forma de comunicación de las personas analfabetas y de las personas del común, que no escriben sobre sus experiencias; por eso, en este trabajo se dejan plasmadas algunas historias de vida de personas que, aunque desconocidas, tienen mucho que aportar a la vida del lector; por lo tanto, se puede decir que es verdad lo del dicho popular: “Las palabras el viento se las lleva, pero lo escrito, escrito queda”.

Como lo señala Walter Ong, los textos escritos se relacionan estrechamente con la oralidad; al realizar la transcripción, las historias tienen transformaciones; por lo tanto, se valdría asegurar que si un relato se lee y, después, se cuenta más de una vez, así sea por la misma persona, cada vez que se contase tiene variaciones, pero es necesario para que se dé la transferencia cultural; con esto se asume como cierto lo que señala Ong: “sin la escritura la conciencia humana no puede alcanzar su potencial más pleno, no puede producir otras creaciones intensas y hermosas. En este sentido, la oralidad debe y está destinada a producir la escritura”.² Este aporte de Ong indica que la transcripción de relatos orales es una forma de inmortalizar la memoria social, prescindir que perezca en el tiempo y así caiga en el olvido.

² Walter J. Ong. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: FCE, 1994, p. 71.

2. RELATOS DE VIDA

Detrás de cada persona, que se encuentra en el andar, hay una historia que contar: una historia popular que se diseñó en el tiempo, historia de personas de la vida cotidiana, que día tras día salen a luchar contra las durezas de la existencia; historias que tratan de explicar la realidad de la vida de tiempos atrás, tiempos que siempre quedarán en el recuerdo de cada ser, acontecimientos inolvidables, que traen la nostalgia de épocas que ya pasaron, en las que muchas veces se recuerda con amargura el pasado, porque tuvo sus crudezas, pero también se evocan con melancolía porque siempre el tiempo pasado fue mejor.

Los relatos de vida que se plasman a continuación llevan al lector a un diálogo con el texto, donde el texto ofrece diferentes interpretaciones, según el punto de vista de cada lector, pero que va construyendo un comprender sobre cómo era el pasado y entender su realidad, ya que forma parte de ella.

2.1 EL SEPULTURERO

... Y me voltearon y fue como caer un palo, completamente, como voltear un trozo de madera y, sobr' eso, a lo que me voltearon p' allá, se me jue, se me jugaron las luces, y ya no v'ía a nadies y, bueno, quedé muerto, digamos... Bueno, oír, se oía que decía Doña Bercelia:

—¡Rubiro, por Dios, váyase a verlo al Héctor, y vaya, Bertina, vaya a sacar unas estopas de esas que se seca café y una cobija!, —dijo—, ¿cómo no vamos a poder sacarlo de ahí, hasta que venga el carro? —Caído encima de un montón de piedras era que yo estaba y, enton', sobr' eso, ya me echaron en el carrito del Héctor y ya me subieron entre todos los vecinos de por ahí; no sé cómo me subieron; como un puerquito; de ahí ya no me di cuenta de nada, nada; yo v'ía con los ojos, pero yo n' oía nada, nada; iba completamente muerto y, sobr' eso, ya dijeron:

—El hombrecito está que quién sabe alcance a llegar a Pasto así —y, enton', ahí el chismerío de la gente; yo estaba como privado y helado; no ve que toda la santa noche estuve ahí y, enton's, sobr' eso, ya yo oí que dijeron así, pero yo v'ía qu' er' un poco, que daban vueltas allí, era la familia; para eso sí ya habían llegado, a verme si pelaba las muelas; enton', bueno, de ahí ya me subieron al carro y, cuando me sentí que me chuzaron, ya me habían puesto una bolsa ahí, en una ambulancia; cuando yo ya que pensé, jue a los once días, a los once días jue; yo estaba vivo, porque punzaba, porque, de resto, nada, y

limpio, limpio... muerto, y eso era póneme bolsas y póneme bolsas de vitaminas y todo y, con eso, aguantar los once días.

A los diez días, llegué arriba y había sido, como quien dice, me pasó el parasismo y ya el Señor ya no me quiso llevar, sino que me volvió; yo llegué arriba y veré, ¿no?, yo llegué, pero era con unos lazos y puro barro, como que yo andaba, ¿no?; mejor dicho, pues era que yo andaba andando, pero yo llegué allá y vi un portón; le conversé a don Hugo, el evangélico, y le digo:

—Yo llegué a un portón —le digo—; este señor era un capuchino grandote, así, y era barbado y tenía como unas escobitas blancas, blancas, blancas; un cordón, mejor dicho, blanco, como san Francisco, —y, enton', dijo otro compañero que estaba sentado ahí:

—Ha sido san Pedro, —dijo, entonces—, pero él no era que existía; usted se lo hizo a la imaginación—, pero yo no es que lo nombre, sino que yo le digo que así yo lo vi y, entonces, ya el parasismo; es que le dan ataques y, entonces, uno se va 'onde no más; de aquí al Guabo vi un mundaron de gente; un escritorio, pero ¡qué belleza!; un escritorio, pero ¡lindísimo! y, a él, ese pelito le brillaba como si fuera di oro; unas sandalias y un bastón así como el que tiene el señor obispo; un bastón, pero ¡qué belleza!, y se paró él y cogió el bastón y dio una vuelta en el escritorio y me miró y me hizo así [seña de que no] con la mano; entonces, lo que me dijo San Pedro fue:

— Regrésese, que todavía no es su hora de llegada. —A esas horas fue que me desperté y eran ya los once días; cuando yo me desperté, a los once días y, entonces, la muchacha que me estaba cuidando, qu' ezque comencé, qu' ezque toditico lo miraba, divise y divise, mirando por todo lado y, bueno, miraba un poco de camas y enfermos: unos gritaban, otros lloraban, pero yo, a esa hora, no oía bien bonito; enton', yo oía que le dijo mi Flor a la enfermera que me estaba atendiendo a yo, dijo:

—Vea, señorita enfermera...

Dijo Jorge:

—Como que está más apiorado, ¿será que se v' a morir?, —dijo—; vea cómo tiene esa mirada, —dijo—.

Divise y divise.

—No, —dijo la enfermera; dijo:

—Vea, niña, lo que pasa... que él ya no se murió, él está volviendo y él está dándose cuenta dónde es que lo tienen.

A los doce días, yo ya pregunté dónde era que estaba yo y ya volví más; me tenían con una bolsa de esas de vitamina, pero no, no, no, no, eso fue...; a los once días que yo volví;

entonces, fue por eso que a mí se me agravó; yo le conversaba a más de uno; ni el evangélico se me quedó; él me dijo que esas son imaginaciones de la enfermedad; le digo:

—Pero... como a yo me dicen qu' ezque es el Señor. —El evangélico me dijo:

—Puede ser..., pero..., porque, claro..., sino que le han querido quitar el poder a Nuestro Señor Jesús.

—Claro que eso lo veo, pero, porque me lo reconocen ahora, que es mal puesto, que me lo pusieron. —Enton', de ahí ya volví, a los doce días; a esas horas, ya me seguía acordando bien y se me grabó; entonces, yo dizque decía, a los once días de lo que yo bajé de arriba:

—Yo de a medias no he dado; fui a recoger unas arracachas, dos matas de arracachas y tres racimos de plátano; yo ni he dado de a medias y seis han cortado, —qu' ezque decía yo.

Al verme así, la Flor pior 'ezque se ponía; enton' qu' ezque dijo:

—Esta disvariando; déjenlo, déjenlo no más, él está volviendo ya. —Cosa que no; yo sí digo: puede ser el enemigo más malo que tenga, pero yo no le deseo esto a nadie, esa enfermedad; ahora ya casi no es nada lo que estoy; eso era una desesperación, aquí en la barriga, en este ladito: era que yo sentía, como un nido de ratas que yo sentía en el estómago, y era una desesperación que yo gritaba y lloraba y revuélcame en ese colchón y... ¡Ay, Dios mío!; en el hospital con la vitamina, con eso me revivieron, pero lo que es para la enfermedad, no hicieron nada, nada, nada... Eso, después de que volví, empecé a bostecer y, enton's, el doctor dijo:

—Don Jorge parece que está con hambre ya, —y eso me dieron un vasado de chocolate, un huevo y una arepa y yo, ¡con qué hambre!, vengo y me lo tomo; a la hora, parecía que me iba a reventar y me chorreaba el sudor, de las fatigas; no respiraba por ningún lado; enton', la doctora dijo:

—¿Que le pasa qué, Burbano? —Le digo:

—¡Vea cómo me va creciendo la barriga! —En esas, una sobrina dijo:

—No, el tío parece que se me va morir, —y la vi que se puso a llorar; enton', dijo: —No, no, no, ahoritica lo mando llamar al doctor.

No se demoró; a los cuatro minutos, cuando llegó el doctor, dijo:

—Vamos a ver, con el paciente Burbano... —me tocó con la mano como el bombo de la fiesta:

—Nada le pasa, —dijo, y me aplicaron una acá atrás y, bueno, a la media hora... quedé sequito, sequito, sequito y blanco como un papel, lo más muerto; a esas horas, yo dije:

—Hasta aquí fue. —Se me quiso quitar otra vez el ánimo, me dio discasimiento, me dio como una soltadera a las manos y a todo el cuerpo; las manos, todo como suelto y, enton's, mi Flor dijo:

—¿Qué será, señorita enfermera?, ¿será que llamo a la tierra de nosotros para que se vengan?; él se agravó más pior. —Enton', llevó al doctor otra vez a verme, y le dije:

—Vea, doctor, esta enfermedá no se cura.

—Así se ve, —me dijo—; te hizo mal eso; hay que darte la remisión, para que te saquen. —Tres días para darme la remisión y... cosa que hasta los tres días, si ya me hubiera muerto, ya hubiera estado jediondo.

A los tres días, a las ocho de la mañana, llegaron de la casa el otro sobrino y la otra sobrina, la del tío Antonio; enton', ya me dijeron que qué decía yo; yo les dije que me lleven pa' Nariño:

—Mejor, llévenme a Nariño, donde el Robert; si me muero, que me muera por allá, mejor, pero aquí no me vayan a dejar. —Enton's, a esas horas ya me dieron la remisión y, al ratico, me vi fue en la camilla y me sacaron ya afuera, me dejaron donde estaba el carro del Hugo, “el chicano”, que le dicen, el del Pueblo Viejo; me alzaron y me acomodaron, y dele m' hijo; ya nos cogió sobre la tarde y yo le digo al Huguito:

—Déjeme aquí donde el Robert, allí donde cogimos la curva. —Dijo en esas la Flor:

—No, no; si es de morirse, que se vaya a morir a la casa, mejor. —No ve que ya me sacaron desahuciado, y ya ve que no; y, de ahí, la Florcita, al otro día, de lo que yo amanecí, agarró y, al otro día, se fue m' hijo a Nariño, ya me llevó los orines y todo; le habían dicho que eso era una enfermedá, que ni me acuerdo que qué era lo que le habían dicho, y me había mandado dos botellones de agua, olorosas.

—Con eso, —dije—, me acabo de reventar otra vez. —Y unas cáusulas: esas como que me aflojaban el estómago, como que me tranquilizaba; enton's, le digo a la Florcita, donde me llevaron al pueblo, allá, a la salida, ahí, de la bomba para allá, que me tuvo tres meses:

—No pudo, no me reconoció nada, que no era aire, y si el aire me estaba matando el espíritu, —y cosa que de ahí, ya en la silla de ruedas, me fui donde otro, al Tambo; de ahí, el de El Tambo, ese me salió, más, robando; por ese fue que me tocó salir de un pedacito de tierra que teníamos por allá; que me curaba... y nada; me dijo que era un espíritu, pero no me echaba un remedio de esos de jediondera, que curan eso; eso no me echaba ni yagé ni nada, sino que solamente me echaba perfumes; yo sí le decía a él:

—Vea, don Miguel, con esos perfumes no me cura —le dije; él dijo:

—Es que primero toca con eso —y así me tuvo tres meses; me robó la plata; se la robó, porque se la robó; al final, no me curó, ni nada y enton', pues, de ahí la Florcita y

esos pobres sufrieron con yo, y de ahí yo seguí, pero, ya ve, el que más me enduró fue don José, pero como no hubo más plata...; pero, ya ve, él sí, él justamente, él jue de conciencia; antes de verme, me revivió más, y yo le aumenté; en esas, tenía una platica del cafecito, yo le dije:

—Si usted me lleg’ a curar, así pueda vender yo un pedazo de tierra, y me ponga andando, vea, yo sí lo que quiero es mi libertad, mi vida. —Enton’s, le digo—: Hágale, tome esta platica, porque yo veo su amabilidad y su curación; porque esa curación es la que me está mejorando... y sígame curando, que yo tengo la fe. —Por eso es que yo quiero volver con él.

Cuando yo era trabajador en el cementerio, yo, a la gente pobre, no le cobraban nada, si es posible, y yo tenía plata: yo compraba ladrillo, el cemento, la arena; yo agarraba y los iba a tapar gratis; bueno, si tenían, me daban cualquier aguardiente y, di no, nada; yo compraba para darle a los amigos y, como yo en ese tiempo era mayordomo, yo trabajaba en fincas, no me faltaba frijol, maíz, maní, todo, y de ahí, ¡vea la bendita suerte!, me salí cayendo y se acabó todo.

De las cosas que uno ve en esa labor, veré, una vez me llamaron a que fuera a arreglar a un difunto; según decían, que la que se había muerto era una mujer, qu’ ezque era bruja; cuando yo llegué a arreglar el cadáver de la difunta, salió una de las hijas y me dijo que no me vaya asustar por lo que iba a ver, que ni podía tampoco decir nada de lo que iba ver; cuando fui a ver a la misiá Magola, que era la que se había muerto, que decían que era la bruja, se había convertido en mula, ¡horrible! Eso sí sabían decir qu’ ezque las brujas, cuando se morían qu’ ezque se trasformaban; vuelta, otros decían que se desaparecían; yo no creía..., pero desde ese día sí ya.

Yo, ni me la crea, pero qu’ ezque era ella, cosa que yo me asusté, pero a mí me tocaba arreglarla, que... para el velorio; enton’, ¿cómo hacía yo para arreglar a esa mujer? Yo ni sabía qué hacer; enton’, la acomodamos en el cajón y eso fue todo lo que yo hice, pero, después, ya cuando estaban en el velorio, ’ezque habían cogido y le habían apuntillado y el ataúd bien amarrado con alambre, para que nadies la pudiera ver, porque lo que la familia no quería era que la gente se diera cuenta de lo que había pasado; y eso fue lo que más me recomendaron, que no vay’ a decir nada.

Otra historia triste fue cuando se murió un amigo y, entonces, ya me dijeron:

—Se ha muerto un amigo tuyo y... ¿en dónde vivía? —Le dije:

—En El Perejil.

—¿Cómo se llamaba?

—Don Luis Guerra. —¡Hijuepuchicas!, mi gran amigo; sabíamos andar trabajando en cosechas de café, en toditico eso de San Francisco; al otro día, pues, le digo, bueno, ni corto ni perezoso, agarré y me eché mis 5000 pesos al bolsillo; aquí abajito, en La Horqueta, ya me conversaron que don Luis Guerra se había muerto, el del Perejil; en esas, dije yo:

—¡Ayyyyy!, no, se murió un gran amigo, ¿qué vamos hacer?

—¡Que en paz descanse!, —dije yo, y me dicen:

—Que están esperándote a vos. —Les digo:

—Pues, en esas estoy. —Cuando llegué al pueblo, me senté en la esquina, para que no me anden buscando; enton', bueno, estaba sentado ahí y la v'ía a la mujer del finadito, con una hija, de negro entero; que, enton', decían ellas:

—¡Ojalá y que nos haga el trabajo! —Que, en esas, dijo don Julio, el fundador del pueblo:

—Él va; si eran bien amigos, —precisó; cuando llegó la hija adelante y dijo:

—Buenos días, don Jorge. —Que le digo:

—Le doy mi sentido pésame; se nos fue el amigo, ¿no?

—Sí, se nos fue ayer y no hubo con quien mandarle a avisar allá a la casa. —Enton', le digo:

—No, eso no es nada; que el Señor Bendito lo acoja en su santo descanso; para ahí vamos todos —le digo; bueno, ¿y ahora qué le digo yo? Ella me dijo:

—Usted verá cómo hace la voluntad y la caridad para hacérno'le la tapada en el cementerio.

—No, —le digo—, eso, pierda cuidado; tranquilas, vayan a arreglar con el padre. —Y nada más; le dije: —Lo del cementerio, déjenme tranquilo, y váyanse a ver con el padre; yo compro el cemento, el ladrillo y la arena, y ¡listo! —Don Julio había sido amigo del difunto, entonces yo agarré y me fui y compré una caneca de aguardiente para abrigarme y, enton', a esas horas, y llegué donde don Julio y le digo:

—Deme una canequita de aguardiente, —y me dice:

— ¿Y, ahora, le tocará a usted?

—En eso estoy —le digo—; ya pasó para donde el padre a arreglar, la mujercita, y a yo ya me rogaron para hacerle el trabajito. —Dijo:

—Claro, ¡pobrecita!, —dijo—.



Figura 1. El sepulturero.

—Claro, y eso, de caridad; de la enfermedad quedaron pobres. —Don Julio dijo:

—Vea, yo le voy a colaborar con el cemento. —Entonces, me dijo—: 'hora, tómese su aguardientico y, ahora, ¿qué quiere más?

—Ahora me vende doce ladrillos, dos baldados de arena.

—Bueno, —dijo—, yo le doy el cemento.

—Bueno, —le dije—, ¡Dios le pague! —Dijo:

—No, eso es hacer una obra de caridad ante un alma; —dijo así—: ¿qué se va hacer?, todos vamos por ahí —dijo—, y hay que ayudar. —Cosa que dije:

—Bueno, yo lo tapo, —y a las cuatro vi que lo pasaron a la iglesia, y siguió doblando cerca, cerca, repicó y, bueno, ya lo entraron a la misa y como la misa en toda partes dura una hora, yo me fui a esperar y, de ahí, yo ya tenía listo todo, remojado el ladrillo, todo listo, el cemento, nada más para revolver; de ahí, agarré y solitico estaba yo y cuando, después, m' hijo, llegó el gentío, y de ahí ya me puse a taparlo ligerito, ¡qué me voy a poner a estar por poquitos, por poquitos, como otros!; yo agarro, con el balaustre, y tas, tas, tas, la hilera de ladrillos, para ir repellando.

Bueno, de ahí, yo lo acabé de tapar, cuando se jue la gente y salen llegando unos amigos, unos del Perejil y otro de San Francisco; dijo, uno que se llamaba Elías Carranco, dijo:

—El Jorge est' haciendo una buena obra de caridad, una buena obra, y de voluntad. —El otro, que se llamaba Emiliano, también:

—Es que este hombre es muy servicial, pero no lo dejan; hasta por envidia, le buscan problemas y todo. —En esas horas, el Elías fue el primero y dijo:

—Andá, Franco, andá a traerme una botella —dijo; se principió por esa; después, el otro, el Emiliano mandó traer otra; después, llegó otro también; hijito, le hicieron probar y mandó traer otra y, bueno, ya de último, al último me hicieron desbaratar a mí los 5000 pesitos que me quedaban y, bueno, Dios les pague y ánima bendita, ya hice el trabajito bien; bueno, a esas horas ya agarro y no' la bebimos.

Yo que acabo la mía, y ya estaba oscureciendo y eran las seis, que es medio temprano, y, entonces, a esas horas, yo me les volé; ni les dije me voy, ni nada; yo agarré mi baldecito, di la vuelta por una nave 'onde se mete los difuntos, di la vuelta y salí de l' iglesia p' arriba y salí y, saliendo, ahí vive una sobrinita mía en una casa de rejas, Dali se llama, me dijo:

—Medio juaniadito como que sale el tío —dijo.

—Con sed es que vengo, m' hijita. —Dijo:

—¿Qué, quiere agüita o agüita cocinada? Jugo no hay, porque se acabó. —Ya era tarde, ¡qué ib' a haber! Entonces, bueno, entré y me pasó un vasado, y eso me lo tomé con toda la gana; me dijo:

—¿Quiere más?

—Bueno —le dije—, ¡Dios les pague! —Me mandé dos vasados, me vine a la casa y dele m' hijo; bien bonito venía en el camino, eran las ocho de la noche y sentí una sombra que me cogió de aquí y de aquí [del brazo], pero yo no sentí juerza; cuando me vi, fue derrumbado encima de un montón de piedras, y amanecer de estas [torcido] toda la santa noche, de un solo lado, muerto; de ahí, como le contaba, que buscaron el carro, me agarraron, me voltearon ya como un palo; ya me echaron a Pasto y casi me acaban de morir, pero así fue; yo, a los difuntos no les cobraba nada; al contrario ese indio que trabajaba en el cementerio: a los pobres les cobraba más y a los ricos nada; al contrario, por eso me tenía tirria a yo y, enton', ¿qué había hecho? Ese mismo me conversaba un día, borracho, y dijo:

—Hola, cuidariste, que a vos te van a zumbar un espíritu —y como no hubo más con quien... Bueno, yo todo lo puse ante Dios y, después, ya seguí yendo donde los indios, donde tres he ido y me han reconocido el espíritu pues

Los sucesos fantasmagóricos estuvieron y siguen estando presentes en las vidas de las personas, como hechos sobrenaturales que tocan la existencia misma, acontecimientos que muchas veces pudieran ser fantásticos y oníricos, fuera de toda lógica humana, con individuos a los que se les atribuyen poderes que pueden hacer daño, que pueden incluso enfermar o matar si así se quisiera, acontecimientos que marcan vidas y realidades, que se han compartido para ser plasmadas, para que, en un futuro, sigan perpetuándose como legado y tradición oral y para que no se pierdan en el olvido.

2.2 EL ZARCO

Hubo una persona que le había dicho a mi mamá que si no tenían un muchacho por ahí que le preste para ir a trabajar al campo; cuando, me dijo mi mamá:

—M' hijito, hay una persona que necesita un muchacho para trabajar; ¿usted no se quiere ir al campo? Allá qu' ezque hay leche.

—Yo, sí, —le dije—, me voy. —De ahí ya, bueno, me fui a trabajar a Dolores; al principio, como me querían, a medida que pasaba el tiempo me fueron aumentando el trabajo: me tocaba ir a traer el ganado, traer las ovejas, meter los puercos; al otro día ya me

tocaba volver a ordeñar vacas y a dejar en otro potrero; por la tarde, ir a traer terneros, para apartarlos.

Recuerdo que, un día, se perdió un toro y, en la casa, no me creyeron que yo había ido a buscar al toro, sino que mandaron otro joven conmigo, que para ir a buscarlo; ya eran como las siete de la noche y nos fuimos a buscarlo y busque y busque, y le cuento que lo encontramos, al supuesto toro, echado en medio del camino, y me dice el otro joven, con el que me habían mandado:

—El toro aquí, aquí ha estado; no lo has buscado, —me dijo.

—Sí, yo lo busqué, —le dije, y ¿qué cree? Estaba altravesado así, en medio del camino, y ya lo encontramos ahí; el otro dijo:

—Velo, aquí ha estado, —y, total, que no había sido; cuando lo íbamos a coger, sentimos un ventarrón y se nos desapareció; eso no había sido un toro, sino una guaca, pero era igualito, igualito al toro que nosotros estábamos buscando, porque se nos desapareció cuando lo íbamos a coger, y a yo qué miedo que me daba. De ahí, calle, cómo sería el susto tan verraco que nos dimos, que nosotros vuela p' abajo, y eso era feísimo; el otro, como era más grande, él corría más, y yo atrás; con los pelos de punta hemos de 'ber bajado; no, ese día sí me asusté feo.

Bueno, al propio toro lo encontramos al otro día, ya de día; diga usted, un kilómetro más arriba; era, negro con blanco me acuerdo tanto que era el toro, pero el que miramos era el mismo animal, el mismo; por eso le digo que unos me decían que eso era guaca, pero uno que... Ahora me dicen que el secreto era coger y darle con el machete en la barriga y salía la guaca; que, supuestamente, era que el espíritu me la quería dar a mí, por eso 'ezque se me reveló.

Y, bueno, volviendo al cuento de mi niñez, en otra ocasión, cuando me tocaba ir a traer leña al monte, a la espalda, una vez casi me ahorco; yo traía la leña, y yo cargaba lo que podía de leña verde, y estaba llueve y llueve; una parte era como una bajada, como unas gradas, por un bordo, ¿no?, por ahí tomé, que me resbalo y se me vino el guango y, antes, como yo sabía poner el machete por aquí [señalando la espalda], corté ese de cargar y, si no, no estuviera contando la historia; en ese entonces he de 'ber tenido unos doce años; solo una vez fue a verme mi mamá allá donde yo trabajaba y fue un tío del Huila, Luis se llamaba; me dijo:

—Venga, m' hijito, vámonos por allá, al Huila, —y yo que no, que no y que no. Bien estuviera, o hubiera quedado; no fui, porque él qu' ezque estaba bien; fue mi mamá, pero no a traerme, sino como a visitarme, no más.

Donde yo me crié, eso me pusieron a la escuela, pero fue por hacerme hacer la primera comunión, y eso con alpargaticos; me dejaron estudiar seis meses, eso fue lo que yo estuve en la escuela, pero, dígame usted, ¿uno qué aprende en seis meses? Yo no aprendí nada,



Figura 2. El zarco.

porque de ahí sí me sacaron y a trabajar; yo me acuerdo que fui el único que hice primera comunión con alpargaticos; los demás con zapatos, bien vestidos, y eso que me acuerdo que una señora nos llevó a una casa; como hicimos hartos niños la primera comunión, nos llevó a la casa a almorzar, y nos dieron cuy y gallina, y nos dieron un librito de rezar y yo sin saber leer; yo lo miraba, pero sin saber qué era lo que decía, pero la gente, donde me criaron, no me dieron nada, ¡bien tacaños!

Y, bueno, poco a poco, así como me iba aburriendo, también iba transcurriendo el tiempo y era más duro el trabajo; después me tocaba ya ir a arar con bueyes; me tocaba arar, paliar, desherbar maíz y, mejor dicho, me tocaba ser como el hombre de la casa; el señor era viejito ya; tenía dos muchachas, pero no las hacían hacer nada, a mí me tocaba hacer todo y ya me tocaba, en ese tiempo como no habían carros, tantos como ahora, por ejemplo, el mes de agosto de allá se viajaba, por Buesaco, y yo me iba por acá, con ganado, por el Hueco del Oso, eso queda por allá, por Buesaquillo, arriba, por esas montañas, arriando tres caballos y diez vacas, solito; yo salía de la casa a las siete de la mañana y llegaba a las tres de la tarde; íbamos a un punto que se llama Medina, allá íbamos a cosechar maíz, allá nos estábamos un mes; con todo nos íbamos: llevábamos cuyes, gallinas, puercos, vacas, de todo (como antes era así), y allá ya llegábamos, y era otra jodedera, de donde se cosechaba.

Bueno, habían unos terrenos que quedaban ahí cerca, había que acarrear madera seca y, después, tocaba ir a una parte que le decían... bueno, yo no me acuerdo, pero era lejos; yo hacía dos viajes de maíz en un día, en dos bueyes y dos caballos (como sería yo de pequeño, que yo no podía cargar, me lo daban cargando, bien amarrado, y yo a arriar no más, y cuando se me deladeaba la carga, por ahí, como, pues, harta gente estaba cosechando maíz, yo les decía:

—Háganme el favorcito, ayúdenme a enderezar esta carga, —y me ayudaban.

Bueno, ya se acababa allá y, otra vez, volver acá, de Buesaco p' arriba. Ya, después, me aburrí, porque entre más tiempo iba pasando no me daban nada; me tocaba trabajar para comprar mi ropa. Cuando se me hacían unos guangos, así, de trigo, grandotes, yo no podía alzar, pero los otros, los grandes, los adultos, ellos sí, corrían y a las máquinas; yo no, yo rodaba por ahí, con esos guangos de trigo... a la larga, yo me aburrí y me les volé ya de ahí, qcomo unos ocho años estuve allá).

De ahí, me fui a buscar a mi mamá y ni siquiera sabía dónde vivía; sabía dónde antes ella vivía, de donde yo salí, y fui allá y ya no vivía ahí, se había cambiado de casa, se había conseguido un puendo y, entonces, llegué donde mi mamá, preguntando; cuando ya pregunté y me dijeron:

—No, ella ya no vive aquí.

—¿En dónde vive, entonces? —Me dijeron:

—Ella vive en tal parte. —O sea, más abajo de donde vivía antes; o sea, había vivido por acá, porque ese señor le había comprado una casa (pero no para ella sola, porque él tenía más hijos; el puendo tenía tres hijos ya viejos) y, entonces ya, cuando me dijo:

—Ahí, golpee, ahí vive ella, —y así llegué; ¡huuuy!, mi mamá ¡qué sorpresa que se dio!, y ese señor ya empezó a echar sátiras: que sí, que no sé qué, que ni sé cuándo:

—Hay que ayudar a trabajar, —dijo. Este señor fue barredor (barría las calles), y yo le sabía ayudar a madrugar y a barrer; él tenía el Parque de Nariño, todo el Parque Nariño; por dentro y por fuera, íbamos a las tres de la mañana, y a las ocho ya estábamos desocupados; el Parque Nariño antes era bonito, habían árboles; entonces, todo ese poco de hojas tocaba barrer, y antes era bonito porque no había tanto ladroncio como ahora; encontrábamos borrachos en las bancas y eso, los sombreros, que eran, el que más tenía era sombrero Barbisio, eso era lo que se ponían los ricos, eso, botados sabían estar, y nosotros cogíamos, le alzábamos el sombrero y se lo poníamos en la barriga; relojes, buenos relojes.

Cosa que de ahí ya me fui a prestar el servicio militar; yo sí me fui, porque estaba aburrido; ese señor era muy malo y jodido; en el cuartel fue que medio me enseñaron a leer y a escribir poco; por eso es que yo poco sé y, ahora, sumar, peor. Ya, cuando salí del cuartel, mi mamá ya me había dado viendo un trabajito con un doctor Granja; así se llamaba, porque qu'ezque ya es muerto; entonces, él me hizo emplear en el Instituto Departamental que es ahora, antes ahí se llamaba Salud Pública, y, entonces, empecé a trabajar; ahí estuve como unos seis meses trabajando; ahí ya me iban hacer nombramiento.

¿Cuál fue el problema? Bueno, a mí me tocaba por contrato, ¿no?; entonces, para cobrar, me tocaba que cuenta de cobro, con estampillas y todas esas vainas (eso era así antes); entonces, allá le pagaban a uno los festivos, sábados, los dominicales eran triples y, entonces, el sueldo era bajito; diga, usted, ganarse en el día, diga, usted, le estoy hablando del 72, más o menos del 73, ganarse 3000 pesos era hartísima plata, entonces, ¿cuál fue el problema de mi salida de ahí?

Había un señor que se llamaba Julio Martínez; él era el que nos iba haciendo las cuentas a nosotros; éramos cinco celadores; entonces, le digo:

—Don Julito, haga el favor y me hace la cuentica de este mes.

—Bueno, —dijo—, y me dijo: tanto le sale; tome —dijo—, váyase donde el doctor Granja —dijo—, que le firme la cuenta de cobro y la pasa a hacer firmar del director. —Cuando fui donde el doctor Granja, le dije:

—Haga el favor de firmarme la cuentica. —Cuando, se puso a analizarla, dijo:

—Todo esto no te sale, ¿qu' ezque te pasa?

—No, —le dije—, doctor, si es que yo he trabajado tantos domingos, tantos festivos, tantos sábados.

—No, no, no, no; eso no te sale tanta plata —dijo—; eso, está mal hecha la cuenta.

Bueno, yo como me he dado a querer a la gente, me di a querer del director, me fui allá donde el director; me dijo:

—¿Qué pasa?

—Doctor, resulta que fui hacer firmar la cuenta de cobro donde el doctor Granja y me dice que está mal hecha la cuenta, que está mucho, mucho elevado.

—A ver —dijo—; se fue donde don Julio y le dijo que si me había hecho la cuenta bien, y le dijo:

—Esto está bien, —y se paró del escritorio y dijo:

—Vení, vamos. —Cuando, ya fuimos y le dijo Carlos:

—A ver, ¿Qué es que pasa con este muchacho?

—No, doctores, —les dijo—, que esa cuenta está mal hecha.

—No, señor —le dijo—, la cuenta está bien hecha; hace el favor y le firma, para que le paguen. —Hasta ahí llegó; ¿qué pasó? A los dos días, dijo:

—Ve, es que aquí ya no se necesita más gente; él fue el que me llevó a trabajar ahí y él fue el que me sacó. —Cuando, en esas, había un doctor de apellido Muñoz; yo ya le tenía rogado y me dijo:

—Pues, verás, yo posiblemente voy a ser director del Bienestar; si quieres, vamos para allá.

—Claro —le dije—, doctor, vamos. —Cuando ya se llegó el día, ya me dijo:

—Ve, si no voy, hagamos una cosa: te doy una recomendación para un señor que hay halla, el doctor Gustavo Contreras. —Me dio esa recomendación y me fui yo; en ese tiempo, las oficinas del Bienestar quedaban en el centro, por el Amorel:

—Bueno, seguí trabajando —me dijo. Pero al principio trabajé dos meses gratis, por periodo de prueba; como en ese tiempo eran poquitos los empleados, porque recién estaba comenzando la entidad, me dijo el doctor:

—Aquí tienes que ayudar a hacer aseo, cuidar y hacer mensajería.

—¿Qué es eso, doctor? —Yo como no sabía.

—Ir a dejar cartas a Avianca, hacer consignaciones.

—Bueno, doctor —le dije—, desde que me expliquen yo lo hago, pues en el centro todo se hacía ahí, y así jue, pues, ¿no? Entonces, comencé a trabajar; ya me hicieron nombramiento, ya me vinculé a la empresa y ahí trabajé doce años y, de ahí, ya me salí; me

liquidaron por política; no ve que, en ese puesto, cuando estuvo el doctor Contreras, no era tan político; de ahí ya fueron metiéndole más política; como eso era de liberales y yo como era conservador, y el finadito Gustavo Contreras también era conservador, entonces, como a él también lo sacaron, le hicieron la guerra y lo sacaron, los mismos empleados le hicieron la guerra, por envidia, y le cuento que se había muerto de pura impresión, porque él había sido gerente de Cedenar, abogado, director de Bienestar, bueno, y así cargos altos había tenido y, de la pura impresión, se había muerto él; yo ni supe cuando él se murió.

Cuando yo trabajaba en el Bienestar, tenía un compañero ya viejito, como de unos setenta años de ha de 'ber tenido en ese tiempo; entonces, él decía que no iba por allá atrás a dar la vuelta porque lo perseguía un negro y, entonces, yo no le creía, sino que un día, dormido él, yo estaba despierto, sentado, como a las once de la noche, cuando comenzó a patalear y patalear y llegó y ¡prummm!, el termo del café y lo quebró (le tocó reponer), entonces él decía que eso era un fantasma; claro, porque si hubiera sido un ladrón, se hubiera entrado a las oficinas, pues un ladrón no va a entrar a hacerlo asustar a uno, pero ese negro sólo lo perseguía a él; yo nunca vi nada, yo iba solo también, pero yo nunca vi nada, él sí; de pronto, digo también, sería algo que debía el señor.

El diario vivir enseña que no solo en la escuela se aprende lo necesario para la supervivencia, por lo que se necesita salir a conocer el mundo, experimentar y vivir la vida que, es cierto, dará muchas y sabias experiencias; en el mundo se aprende prácticamente a sobrevivir; los conocimientos académicos darán nuevas y mejores oportunidades, pero no son el todo; enfrentarse al mundo dará las herramientas que, en un futuro, formarán como verdaderas personas, que serán el ejemplo de lucha y superación para las nuevas generaciones que, mediante la difusión de dichas experiencias empíricas, les dejen alguna enseñanza en sus vidas.

2.3 UN AMA DE CASA

Nosotros vivíamos bien bonito, ya teníamos la casa propia, todo eso; estábamos bien, cuando, de repente, él estaba bien, trabajando en la constructora, le pagaban su buen sueldo y todo; de repente, uno de los patrones, el doctor Alberto, el sí era como fregadito, y él, de aburrido, a veces sabía decir: “¡Ah, que este viejo se muriera!”, y cuando... se murió, y le cogió y le dio una cosa fea, ¿de qué? ¡Qué pena que se murió el doctor Alberto!, ¿no? Ahora, ya me hace falta; entonces ¿no?, “Mejor, ahora voy a renunciar”, y de eso se cogió y me dijo: “Me voy a ir”; en estas, Carlos le dijo que la gente se está haciendo millonaria sembrando cebolla, y ¿no?, que, de pronto, “Mejor me voy para allá”, a él se le metió que de renunciar, hasta que renunció, y después ya dijo que ¿no?, pues, a esa hora, que vender la casa y, bueno, la vendió y de la casa tocó ir a comprar ese terreno de Pindal, y él no fue a

rodear eso ni nada, sino que ya nos fuimos para allá, y eso había sido feísimo, sin servicios; agua, pero poquito que bajaba, esa agua sucia, ¿no?, ¡feísimo!, y, primero, llegamos a esa casa, y desde allí fue que empezó el calvario, porque el doctor, con las Riveras, habían estado en pleito, y yo, por no hacerles caso a otras compañeras, madres de familia, que me decían: “No vayan a estar vendiendo; quédense aquí, que están bien”; el consejo que daban ellas estaba bien, que me decían que lo deje ir solo para allá: “Déjelo que se vaya, que le den el rancho y que trabaje allá él sólo.”

Yo, pues, me fui detrás de él; no, yo, desde el principio, ya veía que nos iba a ir mal en esa casa; el doctor que nos llevó, nos dijo que nos vamos a vivir ahí, que nos iban a poner el agua, que nos iba a poner la energía, pero no, nada de eso cumplió; un día, estaba sola yo con Vanessa (ella era de tres meses, así, chiquita) y, entonces, cuando llegó Don Rivera, la mujer, y, bueno, llegó todita la familia; yo decía: ¿a qué será que vienen? Entonces, fueron llegando con escopetas y yo solita, y yo dije: ¿Qué es esto?, y era porque eso había estado en pleito con ellos, y ellos decían que de ellos era eso, que nadie podía ir a meterse ahí, ¡y nosotros que nos fuimos a meter, sin saber!

Entonces, ya salí; como ellos eran bien amigos y me conocían a mí, porque yo trabajaba donde ellos, entonces ya bajaron las escopetas y me dijo Doña Dominga: “¿Cómo, usted es la que está viviendo aquí?”, y me dijo: “¿Cómo llevo aquí?” Le dije, ¿no?, “Pues, el doctor Luis fue que nos trajo aquí”, y ella me dijo: ¿Y con qué engaños los trajo?”, “Que vengamos a vivir aquí y qué vengamos a cuidar”, porque, propio, teníamos por allá el terreno que habíamos comprado en el pueblo viejo; después, ya seguían contando que eso estaba en pleito con don Rivera; dijo: “Únicamente porque ha sido usted, la dejo y, si no, ahorita, si fuera otro, ya estuvieran muertos”, así dijo (ellos iban a matar), ya porque era yo, porque con él ni se conocían casi: “Ya, porque ha sido usted, que trabajaba con nosotros, los dejo aquí”.

El principio fue feo, por eso a mí poco me gustó en esa casa; luego, él se puso a trabajar, tenía su sembrado, se daban sus buenas cosas, había comida, yo tenía hartos animales, unos 80 conejos, 120 gallinas en un corral, y eso ponían todos los días, y yo hacía contratos de huevos por allá; a veces los iban a traer y, si no, ellas los iban a dejar; al principio era bonito y después fue que pasó la carretera y como él mismo fue que la pidió, él era de la Junta de Acción Comunal y todos los días era caminando y iba hasta el pueblo y, sí, consiguió algo: ya hicieron la escuela, hicieron la cancha de fútbol y después la carretera; pero nos echamos un poco de enemigos encima, porque no querían que la gente les pase por ahí; sobre todo, una mujer de por allá arriba, eso no querían; después, tocó dar permiso por esa loma, ¡huyyyyy!, pero esa mujer sí que... al menos a mí, me insultaba como, ¡qué, feísimo!; se paraba por allá arriba, en ese potrero, y nos decía: “¡Ladrones!”, y no sé quién, y eso nos calumnió feísimo, qu’ ezque nosotros le robamos unos bimbos, que nos habíamos robado un



Figura 3. Un ama de casa.

bimbo, que para hacerle la comida al alcalde, como que era, pero, ya ve, esa vez sólo se le hizo un sancocho de gallina; claro que yo les fui a ayudar y todo, y otras cositas, pero no le robamos nada y eso sí es cierto que dicen que hay malos y brujas y que las hay las hay.

Esa mujer nos había echado cosas, pero ya está muerta; como dicen: “Dios con nada se queda”; asimismo como me dijeron, asimismo le había pasado: primero, le quitó los hijos; después, que el hijo que más quería al esposo y así se acabó; se había acabado, porque yo no la vi al final; nos hizo harto daño y eso sí se veía, porque todo se nos fue acabando; a yo, me daba tristeza ver esos conejos cómo amanecían, ellos se los veía bien, pero les crecía unos tumores grandísimos y eso fue una veterinaria y ella me explicaba cómo hacerles la cirugía, ella misma lo hacía, les quitaba esa materia, porque eso era como una bombita, ¿no?; entonces les cortaba por ahí, por allá y, bueno, ya así le sacaba y, luego, les echaban remedio y quedaban como sanos, pero eso fue uno por uno que fueron cayendo y, entonces, yo, después de ver que eso se les sanaba y por ahí a los tres meses ya les miraba que eso otra vez se le iba agrandando, eso era como un cáncer, feo, y no era que se morían rápido, sino que así se mantenían; a yo me daba pesar, porque por allá había un cañal y los que estaban más enfermos allá los iba tirar; por eso, yo ni más volví a tener conejos); los cuyes, pues ellos se iban secando; las gallinas, pues más bien más duras, porque ellas sí resistieron, ellas no se morían, ponían huevos y todo, pero después las acabé, las fui vendiendo y ya se fue acabando con todo; de ahí, ya supe que fue esa señora.

En ese tiempo, él era jodidísimo; eso, una vez llegó como desesperado, cogió y empujaba a las niñas y, de repente, me dijo: “Yo me voy de aquí”, y de ahí, antes se fue con un amigo a Armenia y yo, ¡ajá!, que se vaya, pues; entonces, yo quedé sola con mis cuatro hijas y, después, para mí era un calvario; yo cosechaba café y todo eso y, por la tarde, en la noche que me quedaba lugar, a las nueve de la noche escogíamos con ellas el café, el bueno era para venderlo; cuando ellas ya se dormían, sólo el perro que tenía, ese era el que me acompañaba; bueno, hasta cierto tiempo todavía yo dormía bien; luego, me dormía pero a las dos en punto comenzaba el perro a latir, a latir y a latir, como que alguien venía por allá por el camino, y como si se parara en la puerta, pero ese perro parecía que lo agarraba y lo despedazaba, ¡ayyyy, no!, y yo no hallaba qué hacer; yo tenía una escopeta y un día dije: voy hacer un tiro, y me subí en un escaparate y, por una rendija de la teja, por ahí hice un disparo y se calmó; el perro descansó y, de ahí, siguió todas las noches.

Entonces, un día le conversé a don Luis, al suegro, que eso me pasaba y me dice: “¿Qué será?, ¿Y no la ha ido a acompañar nadie?”. “No”, le digo; “A ver”, dijo, “mañana voy a ir, o esta tarde mismo nos vamos”, dijo; “Bueno, entonces”, me dice, “que todas las noches, ¿no?”; “Sí” le digo; nos fuimos a la casa, pero esa noche nada, nada, nada, y no pasó nada y, luego, ya me dijeron que era la bruja que llegaba y sabía cuándo estaba yo acompañada; después, ya fui donde uno y ahí me dijo que era una bruja; yo, de ahí, empecé a hacerme curar, pero no, eso seguía; cuando alguien llegaba, yo le decía que se quede, pero yo no les avisaba, si no se corrían; pero no, cuando yo estaba acompañada nadie, nada, no pasaba nada, todo silencio; me decía el finado Luis: ¿Cómo tanto silencio, no se ve nada, ¿no?”,

pero él sí dijo: “Alguna bruja es que le está llegando, porque eso sí he oído”, dijo, que cuando uno está acompañado, no le pasa nada, que a uno lo ataca sólo.

Una vez llegó un cuñado, Segundo, y teníamos una finquita allá en el pueblo viejo, y dijo: “Yo me voy a traer una carga de plátanos”; “Bueno”, le digo; “Pero yo me voy a quedar allá”, dijo, y eso se fueron las chiquillas y me dejaron a mi solita, hasta el perro se lo llevaron; ese día me tocó feísimo, porque, como el perro ya no estaba para que le haga bulla, entonces ese espíritu atacó a los animales, tenía cinco puercos, hasta esa hora no se me morían los conejos, o no se me enfermaban, eso fue ya casi a lo último, esos conejos comenzaron fue a brincar, y como ellos chillan cuando los pellizcan, eso chillaban los cuyes, los conejos, y tenía un poco de pollos criollos, encerrados en un corralito, entonces esos comenzaron a volar y a volar y se salieron y llegaron hasta la puerta y yo todavía tenía el coraje y cogí la escopeta y salí a verlos y ellos allá en el corral, los v’ía que así hacían, como si los estuvieran tocando, y ellos se venían hacia yo, como a que los proteja; entonces, uno hacía sus oraciones ahí, ¿no?; yo no hice ningún disparo ni nada; ya, entonces, me dentré adentro y, como se calmaron, me recosté y, claro, ahí me ha de ’ber echado algo y era como que me hubieran privado, porque yo, como le tenía mucha fe al Divino Niño, le tenía ahí, cerca de la cama, con un vasito con agua, y yo dije: “¡Ayyyyy, no, Divino Niño bendito, ayúdame, que me pase esté mal!”, y, a tanto, alcancé el vaso de agua y me lo tomé y, entonces, yo estaba del todo así, y de ahí me fue pasando una feura al estómago, y las piernas así me hacían, ¡pero feísimo!

A lo que iba amaneciendo, me iba volviendo el alma al cuerpo, iba quedando normal, y eso fue lo peor y, después, quedé bien; lo único que me dijo el curandero fue que el tiro no lo haga de frente, porque las brujas son brujas y, de pronto, le ponen la mano así y el tiro se le regresa a usted y, por eso, no quise hacer más; dijo: “Tiene que hacerlo de un lado, no de frente”; los brujos me decían que sí, me decían el nombre de la persona y todo, pues usted sabe que un curandero no la cura del viaje, porque está deteniendo el dinero, por el dinero, por estar pague y pague; al fin, dice mi hermana Angelita, me dijo qu’ ezque hay una señora en Pasto, que ella había ido y la curó; entonces, me dijo: “¿Cómo no le va a hacer ese trabajo, para que deje acabar ese tratamiento tan largo y ya no siga gastando más?”, pero yo era por no dejarlas a ellas solas allá: “¿No ve que ha de tocar quedarme en Pasto y para dejarlas a ellas solitas?”; “No”, dijo, “hoy mismo nos devolvemos”, y, enton’, cogió y me llevó un día; entonces, fui allá y ya me dijo Doña Irma todo, todo, que cómo comenzó, que esto, que lo otro; me dijo: “Usted está donde un médico, donde un curandero, pero lo que él estaba es sacando la plata y para tenerla ahí, pero le está sacando plata”; me dijo: “Hicieron mal en dárseles mucho a la confianza; esa gente, viendo que estaban recién llegados, por eso cogieron hartos enemigos; y la bruja, la cogió de amiga de su esposo, se le cruzó por ahí y pues, a él, le gustaban tanto esos gallos finos, enton’ por ahí comenzó”, y dijo: “Le dieron entrada a la casa, entonces comenzó la envidia”, dijo, “Era envidia, no más”, dijo: “Ustedes eran bien; todo lo que ustedes tenían era coja, lleve y listo; pero a ella le dio envidia y les hizo el mal, y hasta les dio de comer”, dijo, “en un festival; ¿usted se

acuerda”, me dijo, “de que usted estaba trabajando ahí y llegó esta mujer como ayudante ahí y que les brindaba a todos café con empanada, pero solo para los que llegaban no más?; “Sí”, le dije, “de eso sí me acuerdo, eso fue cierto”; “Sí”, me dijo ella, “ustedes recibieron un café con empanadas, por eso es que él anda como loco”, me dijo.

También, otra cosa que pasaba en esa casa era qu’ ezque se escuchaba un estruendo de caballos, que también lo sentía yo, algo como un entierro que había por allá, que venían, y que por ahí había sido el camino antes y que los sentían por ahí, hasta arriba, hasta por donde el finado Francisco, como un tropel de caballos, pero hartos, y eso siempre pasaban por ahí, por la casa, por el terreno, pero eso era diferente a lo otro, eso qu’ ezque era un entierro que había por ahí; así decían, que por ahí, por la casa había una guaca; entonces, por eso era que en mi familia estábamos así; a mis hijas, el mal no les hizo nada, pero sí las afectaba y por eso es que ellas ahora tienen esa descendencia así; como decir, unos días están bien, otros días están mal; acá los cristianos dicen que el mal hay que sacárselo de raíz, para que no vaya a seguir de generación en generación, porque quedan unas cositas ahí; no está bien sacado y toca sacárselo; que hay que encomendarse muchísimo a Dios, para que le salga eso, ya que nos libre; de ahí ya quedé bien yo, pero estamos con los cristianos y ahí nos están haciendo sanaciones y toca hacer ayuno.

Después de eso, ya él vino de Armenia y se volvió a ir otra vez, pero esta vez se fue a Palmira, y se volvía a ir y, como ya le estaba yendo como mal, de repente Emilia, la del finado Simón, había llegado donde mi suegra y le dijo que si no había algún primo que si quería ir para Tumaco, porque tenían una finca al lado de la carretera con frutales y era para que se la cuide y qu’ ezque dijo: “Le pagamos a la mujer y le pagamos al primo, pero también para que ella cocine para peones y él que nos cuide ahí”; ya me contó Doña Marciana y le dije: “Bueno, yo sí me voy para allá”; esa fue la primera propuesta y, a los ocho días llegó Carlos; entonces, dijo que llamen a Samuel, que sí se quería ir para trabajar, que le daba una finca para que vayamos a trabajar allá, que ya nos iba mejor; entonces, teníamos esas dos propuestas: la de Doña Emilia me gustaba, porque era bonito cerca de la carretera, y de ahí Carlos ya nos mandó llamar y se fueron para allá y fueron a rodear y mirar la finca y ya nos fuimos y nos fue bien.

Allá ni la Tunda nos siguió, porque a Don Rogelio se lo había querido llevar la Vieja; un día lo habían entundado y ya lo había tenido allá, en la orilla, para llevárselo al río; eso se le había presentado con la apariencia de la mujer, era tarde, casi a las siete que había ido a bañarse solo; entonces, qu’ ezque la v’ía a Doña Aura y dijo: “Ve, ¿y vos porque es que te viniste y por qué no te viniste juntos conmigo?”, pero qu’ ezque ella no le hablaba, sino que le hacía así [que vaya], y así se lo fue llevando y, entonces, allá, ¿en qué se encomendaría él?, y allá ya la iba viendo que no era Doña Aura y allá dizque pegó un grito, qu’ ezque dijo: “Pasen, tráiganme la escopeta”, y que lo había escuchado y de ahí que ya le había dicho a un trabajador que le llevara la escopeta y pegue un tiro, porque, ’ezque dijo, parece que se lo está llevando la Vieja, y ya había hecho un tiro y ya; que cuando lo habían

encontrado, había estado sentado por ahí todo achicopalado, qu' ezque ya se lo llevaba el río.

En el hogar se gestan los nuevos ciudadanos; pilares fundamentales de valores y buenas costumbres, las madres, que incansablemente buscan el bienestar de sus hijos y se sacrifican, hasta el punto de llegar a soportar sucesos que se salen de sus manos y de todo límite humano conocido, acontecimientos, es cierto, inexplicables, de alcances inimaginables, con intenciones maléficas, que buscan castigar o perjudicar, muchas veces impuestos por terceras personas, que buscan desestabilizar la vida en los hogares, en la mayoría de ocasiones por envidias o por líos; la mujer, entonces, trata a toda costa de mantener la familia unida.

2.4 EL PATRÓN

Yo iba entrando a la finca, y yo siempre tenía la precaución de apagar la moto; tenía unos perritos allá y ellos cuidaban, ellos ya sentían, eran bien pilosos esos perritos y sentían el ruido de la moto y salían a hacer escándalo a recibirme a mí, y a mí no me gustaba que los perritos latan porque lo anuncian a uno; entonces, yo apagaba la moto, unos cien o doscientos metros en la carretera, antes de llegar a la finca; como yo me conocía el terreno bajaba sin ningún problema y, además, que era una noche tan clara, de luna llena, entonces yo, al entrar a la finca, yo siempre paraba la moto a la entrada de la finca; me paré y me puse a contemplar esa noche, que estaba tan bonita, tan linda, la luna ya no estaba tan en lo pleno, porque ya era una hora avanzada, pero era una noche hermosa, clara, despejada, y cuando yo estaba en eso, de pronto miré que alguien me hacía así, alguien me llamaba, miraba por el lado de allá, y miré que era una mujer grandota, con un pañolón, cubierta la cabeza y con una falda que le llegaba hasta los pies y me llamaba y me hacía así, y yo, pues, iba; no estaba borracho, pero sí me había tomado unos traguitos, pero yo conducía normal y uno sabía cuidarse; a yo, pues, me causó curiosidad; cualquier otro sale corriendo y, al otro día, cuenta el chisme que se le apareció la Vieja y tal; pero, entonces, yo tuve la valentía, me voltié, me paré y me puse a analizar que qué era lo que me llamaba, quién era; yo tenía que descubrir y no quedarme con esa verraca duda.

Entonces, yo como que me despejé; ya la moto estaba ahí parqueada y cuando yo veía que sí, que, en realidad, me hacía así y me llamaba y tal, y cuando ya me puse a detectar realmente qué era lo que pasaba, era que simplemente la luna estaba detrás de una planta de plátano y la planta de plátano, como por la misma naturaleza de su forma, es un tallo grueso que semeja al tronco de una mujer con un vestido largo, el busto parecía como el racimo de plátanos que estaba empezando a brotar, las hojas a la cabeza y todo el penacho parecía el pañolón, como lo utilizaban antes (todavía hay abuelitas que van a la iglesia así) y, simplemente, era que con el viento que hacía, que las hojas se movían, se mecían, y con la

luna que estaba detrás se proyectaba una sombra y era idéntica a una mujer grandota, bien vestida de negro y que me llamaba a mí; yo llegué, me paré y me di el gusto de descubrir que qué diablos era lo que me llamaba y de ahí empecé a entender que simplemente era una proyección de las sombras de la luna, que proyectaba una sombra hacia adelante y, con el viento, semejaba a una imagen de una mujer grandota que me llamaba; por eso, digo, eso me pasó realmente; al principio, cuando yo miré me impresioné y casi suelto esa moto; y la solté y me paré a ver que qué era lo que pasaba; yo dije: “Nunca me ha pasado esto”, y, realmente, cuando yo descubrí ya me tranquilicé y, esa noche, me acuerdo que llegué a la finca, incluso estaba el muchacho que cuidaba, estaba jugando, con otros muchachos, sapo, era de un sábado para domingo, que es de descanso, porque la gente se toma sus traguitos; ya bajé y ya me dijeron:

—Venga, patrón, tómese un trago, —a ellos les gustaba tomarse sus tragos y yo llegué, con ellos me puse a tomar, charlar, pero no les conté nada, sino que me puse a disipar y a cavilar sobre lo que había pasado y nos seguimos tomando un trago ahí; en resumen, si a cualquier otra persona le hubiera pasado eso, en los traguitos que llevaba, pues ella prendía la moto y salía a mil y no llegaba a la casa, porque creía que había un espanto ahí que lo estaba llamando, ¿a qué?, pues no se sabe; ¿a cuánta gente no le habrá pasado eso?

En los caminos, dicen que hay un dicho muy viejo, por la gente del campo, que dice que el monte tiene ojos y las paredes oídos, y eso es cierto: se proyectan sombras por los árboles, por pájaros, por la fauna, ¿qué tanto no puede pasar y qué tanto no puedes imaginarte, pero la realidad fue otra; ahí descubrí yo que, de pronto, esos mitos y leyendas de nuestros ancestros pueden haber sido de gente que de pronto se enchichaban, se metían sus tragos en la cabeza y descubrían que la Vieja, que el Guando, que lo cargaron por allá; mas, de pronto, el tipo se enlagonó tanto del trago, que se metió camino adentro y, después, no supo por dónde se metió, ni a la casa que llegaba; por eso digo que esa fue la historia real que a mí me pasó y ¿qué puedes descubrir de eso? En resumen, eso: muchos de los mitos y leyendas pueden surgir de eso y, por eso, a la larga se dicen muchas cosas de eso, pero si uno tiene la valentía de descubrir las cosas, las descubre; otra persona falta de carácter puede haberse trastornado con una cosa de esas, pero, para mí, esa fue la satisfacción que tuve, de saber lo que, en realidad, estaba pasando.

En otra ocasión, en la casa, ahí sí no sé si fue real o no fue real, en alguna época, en las mismas circunstancias, en la misma finca, yo era la persona que se acostaba de último, porque los obreros que trabajaban conmigo se quedaban en la finca, porque muchas veces la gente no era de la vereda, sino que eran de otro sitio, que era muy distante al lugar donde ellos estaban trabajando; los alojaba yo ahí, pero, me acuerdo, ellos terminaban su jornada diaria de trabajo y se daban su baño y de la finca más arriba había un señor que tenía su juego de sapo y unas dos mesas de billar y ellos se iban allá a distraerse un rato; eso era más los fines de semana, los viernes más, porque el sábado ya no trabajábamos, ya era de pagos, de mercado, de todo eso, y ellos se iban para su casa a visitar a su familia, y una noche de esas, nada menos, yo, yo, que me quedaba trabajando hasta de noche, porque la

gente terminaba su jornada, porque tocaba despulpar diez, veinte, treinta bultos de café, en eso me demoraba yo desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche, prendido motor y todo, pero era una jornada ardua y, a esas horas, yo me acuerdo que yo tenía la costumbre, ya para irme a acostar, de cerrar todo, y ya me había bañado y yo tenía la costumbre de tener unos perritos,

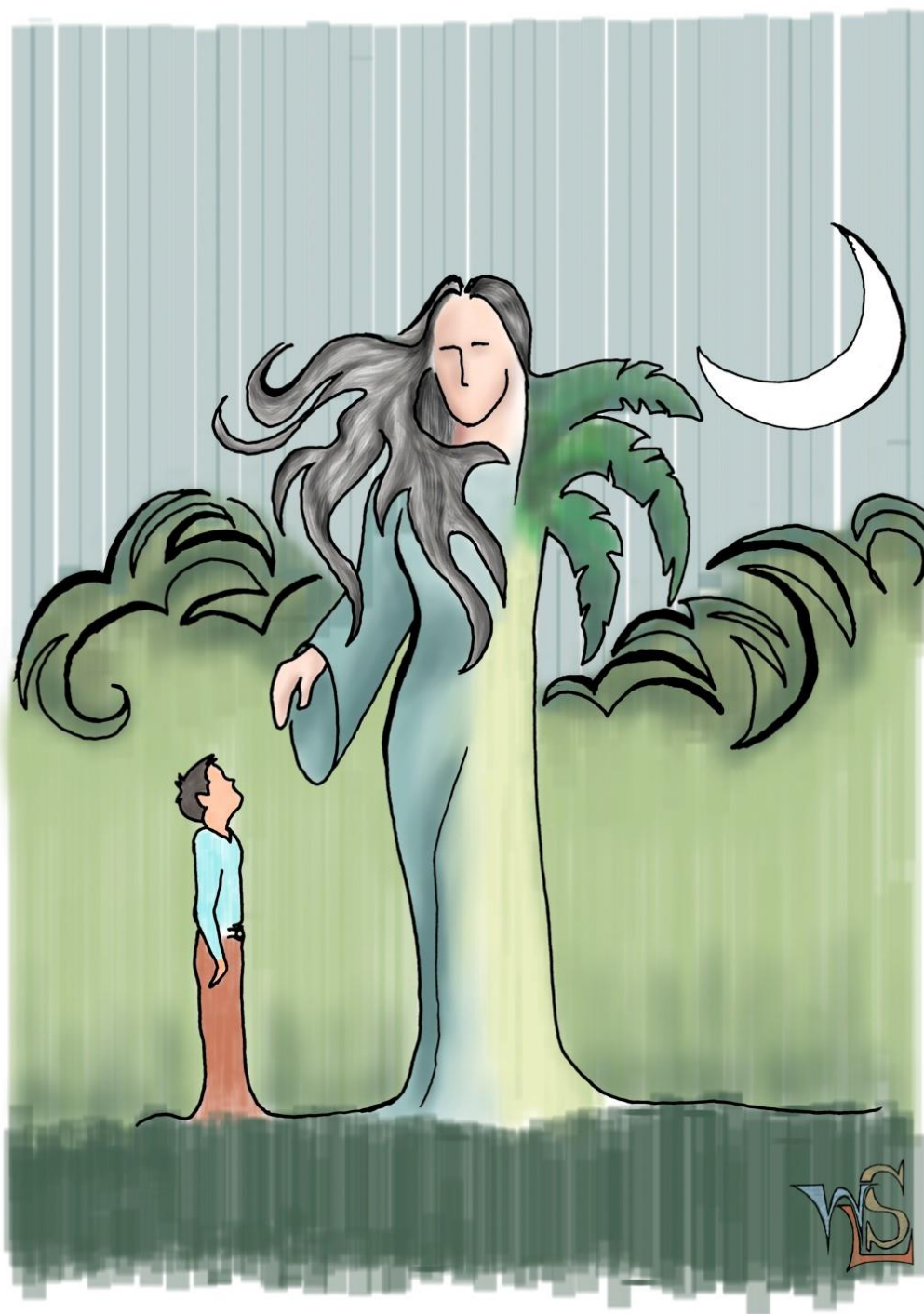


Figura 4. El patrón.

y yo amarraba uno para que no se me vaya y los otros quedaban sueltos y un perro amarrado es para que cuide.

A razón de eso, yo ya había cerrado todo, amarré al perrito, le arreglé donde se echaba y todo y me fui a acostar, apagué el televisor y me fui a descansar, porque al otro día me tocaba madrugar, para ir a hacer mercado, para pagar gente, etc., y yo me acuerdo que apagué la luz, y yo dejaba un bombillo afuera, prendido, en un corredor, una esquina; pero allá donde yo me acostaba, apagué la luz y cerré la puerta; eso no fue soñando, eso fue real; y yo que acabo de cerrar la puerta y me senté en la cama y me recliné un poco para rezar y agradecerle a Dios por el día, por lo que me había pasado, y acabé de hacer eso y me acosté y, en ese preciso momento que yo, me iba yo a querer dormir, sentí que la puerta de mi pieza la abrieron de golpe y la empujaron y, con el reflejo de la luz que estaba afuera en el pasillo, yo eso sí miré, que no era la señora de la planta, pero sí era una mujer grandota, vestida de negro, y no le veía la cara, sino la silueta y el bulto y tal, y llegó y se me sentó en el filo de la cama y me tocó el pecho y hasta ahí yo me acuerdo que pude accionar, hasta eso yo pude moverme, pude mover mis piernas; o sea, que yo estaba en toda mi actividad, pero en ese momento como que me privó; lo único que me acuerdo era que sí podía ver, yo veía lo que pasaba, escuchaba lo que pasaba, pero no podía mover un músculo, y yo tenía la costumbre siempre de poner mi carabina con mis municiones ahí y ni siquiera podía alcanzar el apagador, que lo tenía encima del espaldar de la cama, no lo pude hacer, totalmente impotente para poder hacer algo; y eso era lo que me angustiaba a mí: yo no sentía miedo, sino rabia conmigo mismo, de no poder accionar, de no poder mover un músculo para poder identificar a la persona que se entraba y se sentía, y yo me acuerdo que mi esposa, cuando ella llegaba, ella todavía guarda un Cristo, que lo colocaba siempre detrás de mi cama, y habrán pasado tres o cuatro minutos y esa señora, asimismo, como yo me acuerdo, yo lo único que me acuerdo que dije, ¿no, pues?: “¡Virgen Santísima, protegerme de lo que esté pasando!” y me encomendé y me acuerdo que arriba de la cama estaba el Cristo y mentalmente yo pensaba eso y decía eso, pero yo no hablaba, porque yo no podía; entonces lo único que podía hacer era mover los ojos y no más, yo estaba en mis cinco sentidos; cuando yo me acordé del Cristo, pues no sé si una cosa tenga que ver con la otra, pero me imagino que sí, porque lo que pasó después fue que la misma señora se incorporó, se sentó, volteó, se paró y salió; yo veía que el bulto se movía, pies y eso no veía, pero yo veía que la silueta flotaba, o algo así, pero se fue, y así como entró se fue y, cuando salió, ya la puerta se quedó de par en par, no se cerró.

Entonces, yo, cuando ya habrán pasado unos diez segundos o más, yo ya reaccioné; cuando yo pude reaccionar, el perrito que yo tenía amarrado en la otra esquina del corredor, el perro tiritaba de los nervios y aullaba, el perrito parecía que lloraba; eso fue lo más raro, eso es algo que en toda mi vida no me explico, ¿qué sería lo que pasó? Entonces, cuando lo veo, el perrito tiritaba, y era un perrazo, que todo el mundo le tenía miedo; cuando yo salí, saqué la carabina, me di la vuelta, prendí luces y no vi a nadie; lo único que vi fue que el perrito temblaba, ¡cómo sería, que me tocó soltarlo!, porque el perrito se había orinado en

el sitio donde estaba; lo solté y el perro, en vez de coger y voltear o irse a dar una vuelta, el perro nada, me siguió y durmió al pie de mi puerta y ahí amaneció.

Ya, después, yo le conté a un peón que tenía, que era de ese vecindario; lo único que él me dijo era que ahí había muerto una señora, que se llamaba Soledad; que antiguamente ahí existía un rancho de paja, que ahí había vivido la señora y que se murió como a los ciento seis años; que el marido de ella había muerto ahí y ella también murió ahí; algo así qu' ezqu' era; o sea, primero murió el marido y luego ella; ellos habían sido los eternos habitantes de esa finca, y hablaban de doña Soledad cosas raras, que la vieja sabía sus cosas, de hechicería y pendejadas; cuando yo le conté, a un muchacho de nombre Ulises, de eso, él me dijo que tenía que mover la cama de lugar, y decían que él sabía sus vainas; él me contaba que ahí había muerto la señora, que había vivido y ahí murió, y luego me molestaban y me decían que si no me daba miedo que ahí vivió doña Fulana; yo les decía que ahí eso ya no existe, eso era sólo un rancho, que ya boté, eso es todo nuevo, lo que yo hice, ¿no?, pero ella ahí vivió y murió, y la casa que ahora existe queda en el mismo sitio de donde existía ese rancho, sino que otro muchacho decía que a mí me estaban haciendo algo, que había alguien que me estaba haciendo brujerías y pendejadas, o que había una mujer que me estaba cruzando, hablaban del vudú... de ese muñeco, pero de esas vainas nunca sentido nada, nunca he sentido que me chucen, nada de eso; lo único que yo sentí, y que puedo certificar, fue eso que me pasó, ¿que, de pronto, haya sido un espíritu?, no sé, pero, eso sí, de eso nunca me he de olvidar; fue una sensación totalmente extraña, fue algo increíble; moví la cama, hice lo que quiera, me cambié de pieza y, después de eso, nunca más sentí nada, pero lo que más me extraña es lo del perrito, porque ese día ese perro aullaba y tiritaba del miedo. Después, ya toco venimos, porque los hijos entraron a estudiar y esas cosas.

Los mitos y las leyendas como ingredientes fundamentales en la vida de las personas adultas, algunas crédulas, otras escépticas: hay las que tratan de explicar los acontecimientos de manera racional, pero el problema se presenta cuando dos acontecimientos surgen y uno puede explicarse y el otro no; este es el dilema: ser crédulo o no serlo.

2.5 DON JUANITO, EL CONTADOR DE HISTORIAS

Hasta ahora la gente no sabe lo que sucedió; sucede que en un pueblo que hoy es corregimiento del municipio de El Tablón, que se llama las Mesas, Nariño, en esa época, allá existe eso, es tan inhóspito, que es a las faldas del volcán Doña Juana, y en esa época la gente, pues habían unos, a los que la gente les llamaban baquianos, que son las personas

que van a explorar ciertos sitios, porque allá el volcán Doña Juana es un sitio inhóspito y es un sitio que, en la parte fría, es estilo Galeras, pero allá no es como el Galeras, que es pelado totalmente, allá el volcán es montaña gruesa, impenetrable incluso, el que baja a la zona de Cascabel, que hoy es Parque Nacional protegido por el gobierno y una zona en las faldas del volcán Doña Juana, cierta vez se fueron tres personas, tres señores, en una Semana Santa, ellos eran baquianos, ellos tenían la costumbre que los Domingos de Ramos armaban su equipo, llevaban su remesa y todos los víveres necesarios para pernoctar toda la semana y, por lo general, ellos regresaban el Jueves Santo; ellos se iban a explorar las zonas que ya conocían y sabían a dónde se iban a meter; supuestamente, ellos iban a catiar oro, en las quebradas de esa zona, porque era una selva muy rica en fauna, en flora y en recursos hídricos; ellos iban con bateas a lavar oro, oro de aluvión que se llama, y qu' ezque sí, se encontraban pepitas de oro; como es una zona que no ha explorado casi nadie, pues algo tienen que encontrar y, en esa Semana Santa, estas personas, se dice que, por tradición, que ese volcán y esa zona selvática del volcán y hacia la parte posterior del volcán, de donde era hacia las Mesas, parte del espaldar del volcán, es una naturaleza tan virgen que hay gente que dice que usted tiene que llegar allá calladito, sin hacer bulla, porque en el momento que usted haga o hable muy duro o haga escándalo o empiece a gritar, se derrama y se desbarata un aguacero y, a esas temperaturas, estamos hablando de 3000 metros sobre el nivel del mar, que es más o menos lo que mide el volcán, que les caía un palo de agua, que les podía dar hipotermia, si no tenían donde refugiarse.

Entonces, la gente tenía ese sigilo de andar con precaución, pero ellos eran enseñados ya a andar varios años, iban y hacían lo que tenían que hacer, exploraban, buscaban nuevos caminos, abrían nuevas brechas y al siguiente año volvían y, ese año que fueron, cuando ya llegó el Jueves Santo, ya no regresaron y la gente se empezó a preocupar, que porque el fulano, que el señor tal, que el señor Pascual, que porque no llegaban, los familiares estaban preocupados; entonces, el Inspector de policía, las autoridades, la gente, el cura y todos empezaron a preocuparse en serio, porque el jueves no llegaron, viernes no llegaron, llegó el sábado y no llegaron; llegó el Domingo de Pascua y tampoco llegaron; entonces, la gente ya se preocupó y dijeron, entonces:

—Vamos a ver qué fue lo que pasó. —Formaron un equipo de voluntarios y se fueron a ver qué fue lo que pasó ahí; y por ahí hay una parte que le llaman El Machete, entrando ya a Doña Juana, es el lugar que dicen que está encantado; allá no se puede hacer ruido, caminar lo normal, pero toca en silencio, pero, parece que le pasó a más de uno, que no faltó el tipo que dice:

—Voy a ver si es cierto —y se puso a gritar y, ¡tenga!, el tremendo aguacero, y por eso esa montaña es tan escabrosa, en donde hay unos desfiladeros tenaces; por eso, se deriva el nombre del volcán, porque si usted mira es como una señora en la roca, que está sentada; por eso, usted ve que, en realidad, semeja a una señora; entonces, cuando ya fueron a explorar a la ruta que más o menos sabían, porque ellos mismos les habían contado a los amigos que por dónde era que se metían, por los caminos que ya existían y cada año iban

abriendo nuevas brechas, cuando ya, después de caminar un día entero y acampar por ahí y seguir al otro día con la búsqueda, a las nueve de la mañana los encontraron: encontraron, primero, una tumba hecha de piedra y le habían puesto, el señor que sobrevivió, que fue el último en sobrevivir, él, a los dos amigos, pues parece que fueron muriendo uno por uno y

acomodó, les puso unas piedras alrededor, había hecho una cruz de palo, en la cabecera, y con el plástico los había cubierto y, al tercero, a él ya lo encontraron sin nada, arrimado a un tronco y ya, solo con el atuendo que llevaba, pues ellos parecía que no se protegían muy bien, parece que no tenían chaquetas o un equipo especializado para eso y, más allá, como a cien metros, encontraron el campamento, el cambuche que habían hecho con palos y ramas y parece que eso les pasó el primer día, porque encontraron una sopita de arroz que habían hecho, los víveres estaban intactos, parece que dejaron haciendo la sopa y se fueron a que él alcanzó, con el plástico que ellos se cubrían para protegerse de la lluvia, los exploró, ¿qué pasó?...

De pronto, que la gente que narra ya dice que eso es tan inhóspito y tan recelosa la selva y como es un colchón de agua eso allá y como eso allá es selva, parece que los cogió un aguacero, de esos diluvios que, con esa temperatura, y a esa altura, les dio hipotermia, y se fueron quedando uno por uno, y el más guapo, el que tuvo más los ánimos de vivir los acomodó a los otros, pero él no alcanzó a llegar al campamento, ¿qué pasó? Eso es un misterio, no había ningún herida, nada, no parecía que los había picado ningún animal, ninguna culebra; eso fue lo que pasó en ese pueblo, eso fue algo raro, que, de pronto, la gente, atando cabos, que, conocedoras de esa zona, dicen que, de pronto, fue hipotermia, que fue una tremenda tempestad y no alcanzaron a refugiarse y como era una zona que se nubla totalmente cuando llueve, se desorientaron tanto y, como nunca tuvieron una brújula y nunca señalaron la vía, fue gente que se confió y, como ellos iban siempre, de pronto ellos se metieron a explorar a sitios nuevos y ahí sí ya terminaron muertos los tres tipos.

Eso fue un caso que sonó a nivel departamental, por eso también fue conocida como La Montaña Encantada, y eso hablan que allá eso es encantado; por eso, la gente se cuida y que allá nadie habla, ni gritan, para que no caiga una tempestad que, por muy verano que esté. Entonces, lo raro, y lo que aún uno se pregunta es: ¿Por qué ellos, siendo baquianos, y se supone que es gente experta, que ya conocían y sabían a dónde se iban a meter, qué fue que les pasó? Por eso es que, en esa vegetación tan espesa y virgen, cualquier ruido o cosa extraña que suceda, en un ambiente que por años y siglos se ha mantenido en esas circunstancias y que llegue alguien o algo raro y que no respete ese ambiente, la naturaleza se resiente; por eso dicen que si se van a poner a hacer ecología en un ambiente virgen o poco explorado, es mejor que lo mire de lejos, porque si no lo empieza a contaminar y la naturaleza es tan sabia que reacciona de diferentes maneras.



Figura 5. El contador de historias.

La sabiduría de los adultos es, sin duda, fuente de enseñanzas, en cada relato hay algo para aprender y reflexionar; el relato, aunque breve, se queda grabado en quien lo escucha o lo lee; el comprender de alguna manera el propio entorno a partir de una historia es una tarea larga, amplia y, de pronto, interminable; la naturaleza misma, un enigma, pero es una realidad palpable y está ahí, tiene vida, fuerza y sentir autónomo; el ser humano, a lo largo de la Historia, ha tratado de descifrar este enigma, pero hasta hoy no ha sido posible, por lo que, al respecto, quedan sinsabores y preguntas sin resolver.

2.6 UN EMPLEADO DEL GOBIERNO

Hace ya mucho tiempo trabajé en una montaña, que fue un cuento que me pasó con Marlene, cuando fue el famoso maremoto que afectó a Sotomayor; yo me acuerdo que trabajaba en una montaña, en el corregimiento de Pompeya, de Aponte, límites entre Putumayo y Nariño, en la cuenca del río Juanambú, donde nace el río Juanambú, y el día de ese terremoto, que sacudió casi a medio país, al suroccidente colombiano lo movió casi a todo; de Sotomayor no quedó casi nada, la Plaza del mercado quedó en el suelo y varias casas quedaron destruidas, y eso que eran casas de máximo dos pisos; si no, no hubiera quedado nada ahí; de ahí empezaron a construir casas nuevas; mi esposa estaba con mi hija de seis meses pasando vacaciones allá, con sus padres, y yo estaba en Pompeya, que era prácticamente una selva; era una capilla, una escuela y unas tres casas; para llegar, eran seis o siete horas a caballo y a pie, y yo me acuerdo, esa noche del famoso maremoto que hubo, que lo llaman tsunami ahora, que eso fue lo que acabó a Tumaco, más el maremoto.

La noche anterior a ese maremoto, yo lo sentí en carne propia en esa montaña, porque sacudió feo, porque esa fue la parte más afectada del suroccidente colombiano, fue la más afectada esa zona, a nivel departamental; lo sintió todo el mundo; que, en unas partes, hayan sido más afectadas que otras, eso fue muy diferente; entonces, esa noche, yo me acuerdo que para yo distraerme allá, con la gente, existía un profesor, había un indígena que era el gobernador, que los indígenas de ahí lo nombraron comisario, él era escogido por la misma comunidad indígena, y había un Inspector de policía, ellos eran la autoridad, la gente más representativa allá; no había cura ni había nada; el único que llegó forastero allá, como empleado del gobierno, fui yo; entonces, nos reuníamos con el profesor, el Inspector, el señor que me daba la alimentación y con unos muchachos que iban a tocar música, que la única forma, un viernes, para distraerse, era con eso: tomar chancuco y échele a la música, pero sacaban el chancuco; lo que llamamos chancuco es un aguardiente casero, hecho de anís y bien sacado; con el tiempo, más o menos a los ocho días de haber llegado ahí, me comencé a ganar a esa gente, organicé a la gente, hacíamos mingas; les hice construir un puente colgante, porque lo que tenían era una tarabita y, con el alcalde, saqué recursos, y el padre prestó la capilla, reunía a la gente, todas las tardes hablábamos, charlábamos; formé un Comité de Oración (;yo, cuándo en esas!), pero yo me buscaba mis formas de distraerme.

La gente, de verme la capacidad de liderazgo y de ver eso, que era para ellos algo innovador, imagínate que a las cuatro de la tarde, cuando sonaban las campanas, eso las señoras se alistaban y tempranito les daban de comer y a las cuatro o cuatro y media reuníamos a la gente, organizábamos a la gente, hacíamos mingas para recolectar fondos para arreglar el camino, hacíamos festivales para conseguir fonditos con la gente, que regalaban gallinas, cuyes, y eso lo rifábamos y fuimos reuniendo para construir el puente de tablas y cables, porque antes era un peligro pasar, porque era un gancho aquí, un garabato de madera, incluso otros que tenían la forma, lo hacían de hierro, un cable, un lazo y un cable allá, como tarabita, como un poste allá, otro acá, y uno enganchar eso y... ¡hágale, m' hijo!; ¡se le quebraba el palo y al río!

Entonces, la gente, ya viendo eso, creían, pero, entonces, el profesor se enojó conmigo porque él era el que lideraba, estaba un poquito celoso; una vez, tomando chancuco, me dijo:

—¿Usted de qué se las viene a picar acá, si la gente al que tienen que obedecer es a mí? — El Inspector y otro señor, don (el compadre; me hicieron compadre, porque no había quién bautizara a esa guambra; entonces, yo cogí y le eché el agua y ya, ¡qué diablos, no había más que hacer!), don Sergio Ordóñez nada menos, ellos ya eran blancos, eran colonos, tenían propiedades; doña Miriam Irene se llamaba la esposa, eso hace tiempísimo, pero yo me acuerdo de eso, y son vivencias que uno nunca se olvida; esa noche, me acuerdo, cuando empezó a temblar, esas casas eran en talanquera de tabla y habían unos corredores grandotes, el primer piso en tabla, el segundo piso en tabla parada, así, pero bien hechas las casas; yo tenía una pieza, que me habían dado para dormir, y tenía que salir al corredor, como al potrero para orinar, porque allá había un servicio de esos de hueco, aljibe, pues todo como en el campo que..., no en muchas comodidades, pero uno tiene que ingeniárselas (pero yo la pasaba muy bueno), ya me tocó salir por lo de la esposa y, si no, estaba amañado.

Para salir de allá era una odisea; la única forma de yo enterarme de las cosas de la familia era mandar un mensaje para que lo transmitan en Ecos de Pasto, Ondas del Mayo; en esa época, el padre Jaime Álvarez tenía una emisora aquí, que se llamaba la Emisora Mariana, de la Comunidad de los Marianos; el padre Álvarez fue muy importante en su época aquí en Pasto, él fue el pionero de las acciones sociales en Nariño a través de su emisora; antes, los mensajes de las emisoras eran: “Que saquen el perro blanco de don Juan y el caballo de doña Juana, decía, en tal parte, que va fulano de tal y que lo espere”; esa era la única forma de comunicarse, por mensajes, y la mejor forma de escuchar la gente; no se separaban de su transistor de pilas, porque luz no había, era pura pila, lámparas Petromax, las linternas y velas, y así, como yo estaba haciendo una labor social, por allá en una vereda, porque me tocaba levantar un estudio del DANE, del Departamento Administrativo de Estadística, y hacía dos trabajos: uno era ese y el otro era de la Registraduría, censando a la gente y, bueno, todas esas vainas, la gente me decía: “De aquí a ocho días, váyase a tal parte, que le

traemos el caballo”, y llegaban y se peleaban para que yo me venga en caballo de allá; me quedaba una semana en una vereda, otra semana en otra vereda y así.

Entonces, a mí me mandó llamar mi hermano Julio, por la emisora, pero yo no fue que escuché el mensaje, sino que una señora, apenas me vio llegar, ya me mandó llamar, que ni sé qué, que la fulana de tal lo necesita; ya fui, me dio café y me dijo, yo estaba escuchando radio, y que había escuchado que, de parte de Julio Rómulo y el papá un mensaje, que salga urgente a San José, que lo esperan para viajar a Sotomayor, por motivos de Marlene, que está pasando vacaciones allá y, por motivos del terremoto, incluso el mensaje decía que en Sotomayor fue grande el terremoto; no me decía que había pasado tal cosa, sino así, por no alarmarme; además, a ella nunca le pasó nada, a Dios gracias, en donde estaba ella era una casa de bahareque, una casa antigua; bueno, ese día del temblor, a mí me pasó algo raro: cuando yo llegaba, yo siempre sacudía mi cama, porque, como era campo y alrededor de donde yo vivía era un potrero para abajo, un hueco y árboles, pues casi una selva, entonces yo me cuidaba de los bichos y sacudía y tal, y ese día ya me había arropado y eran como las once de la noche y nos íbamos al tertuliadero y allá aguapanelita que va y aguapanelita que viene y chancuquito y converse el uno con el otro.

Las personas me explicaban el quechua que hablaban ellos, el dialecto indígena, y después ya me fui a mi pieza y, esa noche, yo me acuerdo tanto que tenía mi grabadora y escuchaba mi musiquita, cuando ya la apagué y ya me arropé con las cobijas, porque allá es un clima frío de montaña, yo no sé si en la ruana que estamos sentados, y se le prendió algo; yo sentía que aquí, al lado del cuello, me arañaba y, como era con vela y yo la había apagado ya, entonces yo sentía que me raspaban así y yo, de la angustia, dije será una mariposa; cuando me mandé la mano, sentí los chuzos, claro; ya prendí la vela y era una munchira, grandota, tenaz, todo eso del cuello me ortigó, y la mano, cuando la cogí; pero, eso, al otro día amanecí hinchado; yo tenía tabacos y desbaraté un cigarrillo y no me faltaba la botella de chancuco o de alcohol, y cogí y me puse como cataplasma y con eso ya me pasó un poco; cuando ya me había pasado, me acuerdo que me dieron ganas de salir a orinar.

Cuando yo que me paro de la cama y ya sentí que esa casa empezó como un viento que silbaba, y cuando yo ya reaccioné dije: ¿qué es lo que pasa en esta casa?, y era que estaba temblando; entonces, ya la vela se cayó de donde yo la tenía, prendida en una mesita, en un nocherito que yo tenía junto a la cama, y se cayó y se apagó, y yo al tanteo salir, y quise abrir esa puerta y no, se me apretó y se apretó y no la pude abrir; yo, de una patada, le pegué a esa puerta y como pude salí; a lo que salí era un corredor así como de tabla y con un pasamanos de madera y abajo había un potrerito, en la parte baja de la casa y ahí, debajo, guardaban leña y amarraban una puerca; una vecina había pedido permiso y amarraba una puerca, le habían hecho como para dormir; la señora la llevaba a un potrero y, por la noche, la llevaba ahí, porque estaba que iba a crecer, que iba a parir la puerquita; y yo me acuerdo que, de la fatiga ya de ver eso así, me tiré por ese pasamanos a caer al potrerito, porque al caer al potrerito, unos cinco o seis pasos ya era el camino grande, la calle, la única calle que había; cuando yo que me tiro de allá encima, caigo y quedó

changado encima de esa puerca; yo sentí que chilló esa puerca, ¿yo qué iba a imaginar que la bendita puerca estaba ahí?, y uno en esas emergencias; antes, esa puerca me salvó de haberme pegado mi rodillazo o torcerme una pata y cuando ya sentí que chilló esa puerca, yo, del susto, salí gateando, cuando ya miré que la gente abría las ventanas y los chorros de las linternas que empezaban a alumbrar y ya empezaron a prender los transistores y a escuchar.

Vivían unas cinco o siete familias, más no vivían; casas grandes, la escuela, la capilla era bonita, pero si habían unas ocho o diez familias era mucho; ya empezaron a echarse gritos; cuando ya me llamaron a mí, ya fui; yo, ¡qué linterna ni que nada!, yo me salí así no más; cuando a la hora y media empezó a amanecer y todo el mundo alrededor de la plazuela donde era la capilla y, al lado, era la escuela y unas dos o tres casas, ahí nos reunimos; un señor de apellido Burgos era el corregidor de allá, y ya empezaron a oír las noticias, y ya empezaron a decir qu' ezqu' era el epicentro, que Tumaco, el maremoto, y así nos llevamos, y las señoras haciendo agua de panela, ya nos dieron agua de panela con queso, y otro sacó una botella de chancuco de por allá, y a hacer hervidos y, bueno, ya al otro día, ya siendo las seis y media o siete, la señora dice:

—Ese pobre animal ha de estar con hambre; andá a verla, a ver qué le ha pasado —porque al lado arrumaban leña, troncos de madera grandes, que la gente se aprovisionaba para tener para cocinar; cuando ya fue la señora, ya le llevaba su baldado de aguamasa para la puerca, cuando ella llegó, asustada, y dijo:

—¡Hola, esa marrana no se quiso parar!, ¿que será qué le pasa? —Claro, yo me acordé, ¡hijuepuchicas!, pero yo calladito estaba; llegaron y se fueron con una carreta y se reunieron todos curiosos a ver a la puerca y así había quedado y donde había quedado no se había parado, y ya con los marranitos para dar cría; todavía estaba viva y, cuando olió el aguamasa, quería pararse pero no podía; yo le había caído en la espalda y se le había doblado la columna con el peso mío y el de esos críos; esa pobre marrana quedó mal; ahí lo único que hicieron fue llevar una carreta para luego sacrificarla, porque por ese pobre animal, de ahí ya no se podía hacer nada; ese día la pelaron, y los marranitos ya lechoncitos, ya queriéndoles salir el pelito, le faltaban unos quince días, no le faltaba más para dar cría, ya estaban bien formaditos; a los lechoncitos, los abrieron por dentro, los rellenaron de la sangre misma de la marrana, con todo eso, con coles y vainas de esas con que hacen una rellena, le embutieron pedacitos de chicharrón y les cosieron la barriguita y al horno, pero ¡qué rico, nunca he comido carne tan suave como esa! Y de esa misma marrana me hicieron el fiambre a mí, el mismo día, para venirme hasta San José; me vinieron a dejar a caballo, hasta donde cogió carretera, de ahí tocaba San José, y de ahí coger a Pasto y de ahí irse a Sotomayor; eso me pasó a mí y la pobre marrana llevó del bulto; al final, la gente nunca supo lo que pasó; ellos le echaban la culpa a la hilera de madera que estaba apilada, y parece que la marrana estaba ahí, porque la madera se derrumbó, y ella se asustó y salió, pero como estaba amarrada alcanzó a salir hasta donde el

lazo le dio y se salvó de la madera, que no la aplaste, pero no se salvó de yo; esa sí no me he de olvidar nunca, nunca, nunca, esa pobre marrana.

La estadía allá me sirvió mucho; yo me gané tanto esa gente que hasta compadre me hicieron; esa noche ya era la despedida, porque yo ya no regresaba por allá, ya estaba por cumplir mi tiempo y como tenía tanto tiempo acumulado de los días que yo tenía que descansar, me decían salga, pero yo no salía a descansar y me daban una constancia del Corregidor de que yo trabajaba normalmente, porque yo aprovechaba de que salía mucha gente los días feriados a un medio mercadito que hacían ahí y yo lo aprovechaba; como ya eran tres meses que yo no salía, entonces el resto del tiempo yo me lo gané, porque el trabajo de seis meses ya lo había hecho en tres; yo no esperaba que la gente vaya a mí, yo iba a la gente, con el fin de distraerme, conocer gente, costumbres; y hasta me acuerdo que ayudé a parir a una vaca, que no podía. Después de eso, me mandaban al Charco, como Registrador, pero mi familia no me quiso dejar ir y hasta, de pronto, no le estuviera contando esta historia, aunque no se sabe lo que hubiera pasado, porque allá fue que hubo un incendio que acabó con El Charco; en ese incendio hubiera caído yo, aunque ¿quién sabe?

La vida afuera puede brindar la enseñanza más grande, ya que no solo sirve para conocer nuevos lugares, sino, además, también se pueden conocer nuevas personas, con diferentes costumbres, creencias y que pueden enseñar más sobre su forma de vida; el contacto con el otro propicia y permite la interculturalidad, ese compartir de saberes; el estar lejos de los aparatos modernos sirve para que se favorezca ese acercamiento y el reconocimiento con el otro en un diálogo atento, de verdadero descubrir y re-descubrir, en un ir y venir, en un grupo de personas que se revelan día a día en su rutina.

2.7 HISTORIA DE UN PANADERO

Yo llegué a la ciudad movido más que todo por la situación económica, porque, en realidad, nosotros somos del campo, pero, en el campo, no hay mucha posibilidad de uno tener una estabilidad económica buena; entonces, cuando a uno le ha tocado sufrir en la vida desde pequeño, la pequeña oportunidad que se le presenta la aprovecha; a mí se me presentó la oportunidad de venir a la ciudad, porque tenía un hermano que trabajaba en panadería y tenía una panadería aquí con la mujer; me vine cuando tenía diez años y él empezó a enseñarme; yo venía desde la vereda donde vivíamos aquí a Pasto, dos días en semana, y miraba cómo hacían y empecé a aprender, hasta que llego un día que mi hermano me dijo:

—No, pues, quédate viviendo aquí pa' que trabajes —¿Por qué? Porque, en ese tiempo, a nuestros padres no les interesaba que uno estudie; a ellos lo importante era el trabajo y la plata: que trabaje, tenga plata y listo; usted puede leer, escribir; conoce sumar, restar y

conoce los números; para eso, era suficiente. Ahora sí, m' hijo, a trabajar; ¿para qué vino al mundo?, para trabajar. Y no es así; pues, en esa cultura de ellos, en ese tiempo, eso era un error; error porque, pues, nosotros, analizando la vida hoy en día con mis hermanos, mirábamos que si nosotros hubiéramos tenido una oportunidad de estudiar, las cosas fueran diferentes; pero, gracias a Dios, vamos luchando la vida.

Yo trabajo en panadería desde los diez años; no trabajaba como un obrero; comencé de a poquitos en la panadería de mi hermano, ahí lo aprendí todo; hasta cuando tenía catorce años, ya desempeñaba lo que hacía un obrero, un obrero de panadería; entonces, mi hermano ya me dijo:

—Ya puedes bien, todo bien, ya te vamos a pagar un sueldo, —y uno, contento, pero, en realidad, lo que le hacen es un mal, porque uno ya cogiendo dinero, ya no quiere estudiar más, ya no le gusta; ¿para qué uno estudiar, si ya tiene plata? Entonces, desde pequeño ya comenzaba a manejar dinero, hacía lo que yo quería; ya me aparté de mis papás, porque mis papás, desde que yo comencé a trabajar, hasta ahí tuve papás. De ahí para acá, ya mi vida fue lo que yo quería hacer, por eso yo no siempre he tenido quien me guíe; y así fueron todos mis hermanos; nuestros padres nos criaron hasta los diez años; desde los diez años para acá, sí, ya solos.

Entonces, trabajaba en la panadería y, después, me fui a prestar servicio militar; salí de prestar el servicio y volví a la panadería; mi hermano me dijo que siga trabajando ahí y así fue, pero, en ese momento, ya me dejó atendiendo al público; fue cuando, con mi cuñada, empezamos a mirar que la gente del sector necesitaba de lo que es tienda y le dije, un día:

—Si gusta, póngase una tienda, yo se la manejo; como yo trabajo aquí, yo le tengo cuidado a la tienda. —Ella lo pensaba, hasta que la gente le dijo que se pusiera la tienda, que ellos compraban el pan y llevaban la leche, los huevos, el azúcar, lo necesario para la casa, y mi cuñada dijo que bueno. Empezamos a poner las instalaciones y la surtimos y se trabajó en lo que es tienda; entonces, en ese tiempo fui tendero y nos fue bien con esa tienda. La gente iba a hacer mercado, remesas grandes; y en la panadería empezamos a crecer; aprendimos lo que es la pastelería, también y así trabajábamos y el negocio siguió creciendo; ya no era una panadería pequeña, se convirtió en una grande, hasta que llegó un tiempo en que la panadería creció tanto, que mi hermano se puso otra más grande, en otro lugar, pues a mi hermano le va bien en los negocios, pero lo que es la administración sí no; esa panadería nueva estaba botada, sin control; mi hermano me dijo que necesitaba gente de confianza, para que le maneje los negocios; entonces, me dijo:

—¿Si te le mides? —Y yo me puse a pensar: de tendero a administrador, es mejor sueldo y más suave, y acepté, pero allá me tocaba más duro: me tocaba administrar, ayudar en el punto, estar pendiente de la producción y estar mirando que hagan las cosas bien; manejaba personal y como, en ese tiempo, ya era panadero profesional, tenía el conocimiento para rechazar productos. Dese cuenta que yo, teniendo poco estudio, yo hice solo primaria, pero manejaba un negocio de esos: yo llevaba la contabilidad, controlaba

todo; llegué a manejar ocho obreros; era una microempresa, todos tenían prestaciones y salud; eso siguió creciendo, hasta que llegó un tiempo en que ya no era lo mismo que antes, ya se vendía más poco; por la competencia, bajó las ventas, pero el negocio seguía, hasta que, un día, tuve una dificultad con mi hermano, el dueño, y le dejé las cuentas y todo al día.

En eso, fue cuando ya pasé a trabajar a otra panadería, con mi otro hermano, con el que estoy hasta la fecha; con mi hermano que trabajé primero, trabajé veinticinco años y con el que estoy ahora llevo cinco años, por eso toda mi vida he trabajado en panadería, todo el tiempo y, ahorita, estoy desempeñando varios oficios, pues la panadería es pequeña y no es mucha la demanda que hay; entonces, es suficiente con mi hermano y yo. En esta panadería, comencé a trabajar otra vez adentro, ya no administrando, estoy trabajando en la producción; trabajamos desde las tres, cuatro o cinco de la mañana; no se tiene horario fijo: hay días que se trabaja hasta las seis de la tarde y otros que se sale temprano. El mercado es variable: días hay mucha venta, otros días es poca, por lo que no se lleva una rutina diaria; uno nunca sabe: yo salgo de la casa a una hora, pero no sé a qué hora voy a volver.

Con mi hermano trabajamos en panadería y pastelería; los cacharros que pasan es cuando a veces uno se olvida del material; cuando uno es panadero, uno tiene que estar bien concentrado; uno mira la cosa simple, mira que hacer pan es sencillo, que cualquiera lo hace, pero eso no es; uno tiene que estar concentrado, porque si uno se olvida de un ingrediente, eso le falla, el pan no le sabe igual, le sabe diferente; eso es con fórmulas. Entonces, uno ya sabe si algo está mal: si el pan está como muy redondo, algo pasó; menos grasa; que el pan le salió aplastado, fue mucha máquina; que el pan le salió seco, no le puso la temperatura que era; entonces, uno tiene que tener siempre un control. Por eso es que le pasan los trastos: si uno tiene algún problema en la casa o en la calle y llega no concentrado, y usted pesa y se olvidó de ponerle sal, lo hizo todo bien y ya lo entrega y lo vende, llega el cliente y se lo rechaza. ¿Qué paso?, un cachivache: el pan estuvo sin sal. Se pone a revisar, y tanta cantidad de pan se dañó y es pérdida para el dueño; hay dueños que le descuentan al obrero y, en la mayoría de partes, es así, porque eso, pues, es descuido del obrero.

Una vez a mí me pasó con un pan cruasán: comencé a hacer el pan, mojé, y resulta que me equivoco de color: tenía que ponerle una pizca de color amarillo y le puse rojo; me quedó un pan rosado; mi hermano me dijo que los deje y lo pusimos a vender; la gente comenzó a notarlo y nosotros, a la gente, le decíamos que tranquilos:

—Es una edición especial. —Y suceden cosas así que, a veces, se pueden corregir a tiempo, pero hay ocasiones en que no. Y lo mismo sucede en pastelería; la pastelería es mucho más delicado, todo se maneja por gramos y es de mucho más cuidado que la panadería; en la panadería, uno puede corregir el error hasta cuando está en las latas: lo baja, le pone más material y remoje y amase de nuevo, pero, en pastelería, sí es más grave.

En pastelería, me pasó un cacharro en una entrega: un día, llegó una señora, hizo un pedido, en esos días que hay bastantes pedidos; ella fue a recibir su pedido y se lo entregamos; después, nos dimos cuenta que fue un pedido diferente el que se llevó y me ha tocado ir a buscar a esa señora para que nos devuelva la torta y entregarle la de ella; tanto buscar a la señora, ya dimos con ella; al encontrarla, ella dijo que llegó y la guardó, porque era para el otro día; entonces, le dije:

—Señora, lo que pasa es que le entregamos el pedido equivocado; —me dijo:

—¿Y por qué?

—Porque lo que pasa es que la torta que usted tiene es para un señor que se llama Omar, y la suya es para doña Isabel. —Entonces, dijo:

—Sí, es mi madre, que ella cumple años mañana. —Entonces, le dije:

—Muestre la torta que usted tiene; vea, es la misma torta, el mismo pedido y la misma caja, pero vea el nombre.

Esos cacharros que a uno le pasan, a veces; en la semana pasada, nos pasó con unos bizcochos: se habían pasado un poquito de sal; no tenían tanta sal, pero sí estaban salados, pero me salieron pequeñitos, porque la levadura no funciona con la sal, esta no trabaja con la sal; la sal es perjudicial en la panadería, porque no permite que crezca el pan. Otra cosa es la grasa: cuando uno se pasa de grasa, se le fritan los productos; no se le asan, salen llenos de grasa.

Uno maneja temporadas para trabajar, a veces desde las dos de la mañana hasta las seis de la tarde; las temporadas son en diciembre, Semana Santa, mayo y los grados, pero, como ahora los grados son en diciembre, la temporada decembrina es buena para pastelería. Los demás tiempos son más relajados; antes, la rutina se llevaba más; hoy en día, el mercado ha variado tanto, que uno no sabe si hoy se va a vender; hay días que llega uno y el jefe le dice que vamos hacer tal cosa no más, porque lo demás hay todo; cuando estamos por terminar, dice que toca volver a hacer todo, porque ya se acabó, y uno pensaba que iba a salir temprano; por eso, hoy en día el mercado varía.

Lo que yo hago, a mí me gusta, sobre todo la pastelería: me encanta hacer pasteles, me gusta ensayar fórmulas, hago experimentos; por ejemplo, yo quiero hacer una torta, la pienso, la analizo y la hago y, si me sale bien, la sigo haciendo; cambio las fórmulas, a ver si a la gente le gusta; a veces sí les gusta, a veces no; se trata de innovar, para que la gente mire si le gusta; claro que hay gente muy tradicionalista, que se quedan con el mismo producto.

Si yo no fuera panadero y si la vida me hubiera dado la oportunidad de escoger, yo hubiera querido ser profesor de matemáticas, me gustan mucho las matemáticas; entonces, pues, yo hubiera estudiado eso y hubiera sido profesor de matemáticas; incluso, ahora yo le digo a mi hijo que me explique y a veces aprendo, porque le pongo interés; pero, bueno,

aquí estoy de panadero; es una profesión linda y noble, no le hace mal a nadie y presta un servicio a la comunidad, porque lo que hago es un producto de la canasta familiar y es muy comercial, y se trata de servirle a la gente, de que la gente esté contenta y lo disfrute.

Entonces, en la vida, yo he trabajado en panadería, fui tendero, trabajé administrando y ahora otra vez estoy de panadero; es duro, a veces estresante, pero, gracias a Dios, por lo menos hay qué hacer; con esta profesión, yo he mantenido mi familia, hemos educado un poquito a los hijos, porque no están del todo educados; tenemos esta vivienda; vivimos, no como reyes, pero tranquilamente, con la bendición de Dios; con esta profesión, he logrado sostenerme; no es muy lucrativa, pero para vivir sí alcanza y, así, he aprendido un poco de todo: de panadería, de pastelería, de tienda y manejar personal y público.

En mi parte personal, tengo mi esposa y mis hijos, me gusta el deporte, soy cristiano, porque también me gusta estudiar lo que es la palabra, lo que es la Biblia; todo el tiempo me ha gustado el ciclismo; incluso tengo una fractura por andar en bicicleta; tuve un accidente, cuando ya era casado: vivíamos al otro extremo de la ciudad y venía en bicicleta a trabajar hasta acá; un día, viniendo, tuve un accidente con otro ciclista y tuve una fractura de la clavícula derecha; en ese tiempo, mi hermano no me llevó a un hospital, sino que me llevó donde un sobandero que medio me acomodó y me enyesó, pero me dejó mal cuadrado el hueso, pero eso se consolidó ahí y así quedó; ahora, pues, tengo un problema en el manguito rotador, por esa fractura antigua y, hoy en día, pues salimos a hacer deporte, tenemos una vida sana, no nos gusta el licor ni fumar y, así, pues no le damos una vida mala ni a la esposa, ni a los hijos malos ejemplos.

El vivir de cada día enseña que el conocer la realidad misma hace que se obtuviesen los conocimientos; cada experiencia vivida deja una gran enseñanza. El diálogo con los demás seres en el mundo posibilita el conocer nuevas formas de vida y percibir que, aunque no se haya tenido la posibilidad de adelantar unos estudios, con lo poco aprendido se puede salir adelante y conseguir grandes cosas.

2.8 LA LLEGADA A LA CIUDAD

Yo vivía en el campo, en una vereda, con mi esposo y mis cuatro hijos; allá, pues, revendía frutas para mantener la familia, porque mi esposo a veces trabajaba, a veces no, y la situación económica era mala. Un día le ofrecieron a mi esposo trabajo aquí en la ciudad y se vino a trabajar en unos galpones; en unos días, tomé la decisión de venirme con mis

hijos; él no quería, pero yo me vine; nos ofrecían una pieza y cocina para cuidar esos galpones y, pues, me vine; eso fue en 1980.

Entonces, mi esposo trabajaba cuidando y haciendo ladrillo y yo cocinaba y hacia café y les vendía a los obreros. Pasó un tiempo, hasta que el contratista de eso se enojó y entregó los galpones y el que supervisaba eso nos dijo que él tenía que desocupar y que nosotros teníamos que irnos de ahí, también; que nos fuéramos rapidito y nosotros no teníamos para dónde ir, ni plata para ir a arrendar; entonces, me le enojé y le dije, pues, que se vaya, que yo aunque sea a la carretera sacaba mis cosas, y él se fue.

Preocupados, sin saber para dónde ir, un día llegó el dueño de esos lotes y nos dijo que nos quedáramos cuidando y, sin otra opción, aceptamos; entonces, nos pasamos a una casa, que tenían esos galpones; ya mi esposo no trabajaba haciendo ladrillo, sino que buscaba cualquier trabajo en otros lados: se iba al mercado a escoger papas y empacar; también iba a dejar mercados a las familias, a las casas; después, por ayuda de mi hermana, él se fue a trabajar al Banco de la República, cuando lo estaban haciendo.

Transcurría el día normal, hasta que me llegaron con la noticia de que mi tía se había muerto, y ella tenía un hijo que nadie se quería hacer cargo y me lo llevé a vivir con nosotros, era muchachito; mi primo consiguió trabajo vendiendo periódico y lo llevó a mi esposo, también, y los dos vendían periódico y con eso nos manteníamos, y así vivimos otros años más ahí, hasta que, un día, esos galpones los arrendó otro señor, y él llevó a vivir a una familia que era de Yacuanquer a esas piezas donde vivíamos antes; un Domingo de Ramos, esos señores se fueron a la misa y, cuando llegaron por la tarde, hicieron el alboroto que les habían robado.

El día lunes, se habían ido a poner el denuncia y le habían ido a decir lo que pasó al doctor que los llevó a vivir; en la tarde de ese día, llegó el doctor y nos dijo: “Aquí están pasando cosas graves y los únicos responsables son ustedes”; entonces, en el denuncia decía que nosotros éramos los que les habíamos robado. Esa tarde, les reclamé y me enfermé de los nervios: ¡que lo calumnien a uno así! Después, llegó la policía y nos dijo que habían cogido a un ladrón con unas cosas, entre esas la cédula del señor y ya se dieron cuenta que nosotros no éramos y nos pidieron disculpas; pues, es feo que lo humillen de esa manera y yo estaba bien dolida, queriendo salir de ahí, hasta que un conocido nos ayudó a buscar otra parte donde vivir, y nos fuimos a vivir a Las Mercedes, a cuidar un parqueadero.

Allá, mis hijos estudiaron en la escuela; por eso fue más la decisión que tomé de venirme a la ciudad, para que mis hijos estudiaran. Aún mi esposo trabajaba vendiendo periódico, de El diario del sur; yo hacía empanadas y rellenas para vender y, también, mandaba a entregar a las casas que me hacían pedidos; ya la situación económica fue mejorando, aunque con malos ratos, pero nunca nos faltaba de comer.

Mi esposo era bien problemático: siempre vivía agarrado con el hijo de la dueña del parqueadero, y eran los problemas; yo también peleaba con ese señor, porque le pegaba mucho a la mujer y yo me iba a meter a defenderla. Ahí, en ese parqueadero, los hijos de la dueña compraban carros viejos, los arreglaban y los vendían; ellos siempre se robaban las cosas de los otros carros y yo, con vivir ahí, ya me tenían dicho que no podía decir nada, pero siempre llegaban los señores que guardaban los carros ahí a reclamar. No vivíamos a gusto por esos problemas, hasta que, un día, se sacaron un aparato de un carro, al parecer era caro, y la dueña me fue a decir que mi primo, que vivía con nosotros, no más era el ladrón.

Ese día, en la tarde, que llegaron mi esposo y mi primo de vender periódico, ya les contaron lo que había pasado y mi esposo sacó a la calle a mi primo, y yo lloraba de la pena, tan joven, y yo, como boba, sin poder decir, hasta que ya no aguanté más y le fui a decir a la dueña que eran los hijos los que robaban las cosas de los carros, y esa señora se quedó callada y no dijo nada, y tomé la decisión de salir de esa casa.

Luego, una profesora que conocimos en Las Mercedes nos ofreció llevarnos a cuidar el Colegio Pedagógico, que allá nos pagaban por cuidar y podíamos vivir y aceptamos el ofrecimiento; trabajábamos haciendo aseo, en la portería; mi esposo se iba en las mañanas a vender periódico y en las tardes a trabajar en la portería y barriendo todo el colegio. Ahí sembramos maíz, alverja, criábamos pollos, gallinas y cuyes; es que eso era grande y teníamos hartos espacio.

Viviendo ahí, teníamos inconvenientes, porque se nos entraban los ladrones a cada rato; un día, sentimos unos ruidos y fuimos a ver, y mi esposo cogió un ladrón; como a él le habían dejado una carabina, mi esposo le iba a disparar y yo, toda asustada, le rogaba que no lo mate; es que un mismo policía, que era conocido, que iba a coger yerba en el colegio, nos había dicho que nunca les vaya a disparar a esos ladrones, porque a mi esposo era a quien lo iban a fregar; entonces, que no se ensucie las manos; y, esa noche, pues, ¡qué miedo!, y yo agarrando a mi esposo para que no le dispare, y lo dejamos ir; no se pudo robar nada. Otras veces, sí se nos entraban y se nos robaban las matas, o cajones viejos y ropa, que era lo que más estaba a mano; de robarse cosas importantes, no; más era el susto.

Del colegio salimos porque al rector lo cambiaron y, con el nuevo, no nos funcionaron las cosas bien, como con el primero; es que él no me inspiraba respeto, porque lo había mirado hacer cosas indebidas; hablando vulgarmente, tenía una moza, y se encerraban y uno se daba cuenta de eso. Entonces, como no simpatizamos con él, yo le dije que me pague, que quería irme de ahí, y ese señor me dijo que bueno, pero no me pagaba y no conseguíamos dónde ir a vivir, por eso no nos íbamos. Él llevó la familia a vivir ahí; esa gente eran los Chicaízas, que son famosos porque hacen carrozas; vivíamos estrechos, porque ellos eran hartos y, como ya ellos iban a trabajar al colegio en lo que nosotros hacíamos, nosotros ya no ayudábamos a nada en el colegio, y me fui a trabajar a la Federación, un contrato de cuatro meses no más.

Un día, fui a la oficina del rector y le dije que me pagara setenta mil pesos, que era lo que me estaba debiendo, y no quiso; en ese tiempo, faltaban pocos días para que mi hija se graduara y queríamos hacerle una reunión y por eso quería la plata. Como él no quiso darme esa plata, me fui a demandarlo a la Inspección de Trabajo; yo le llevaba las boletas, de lo que lo citaban, y él lo que hacía era metérselas al bolsillo y reírse, hasta que, un día, me dijo: “¡Qué voy a estar yendo!, si el doctor Gustavo Guerrero es mi amigo”; y en la Inspección sí estaba ese doctor, pero también una doctora.

Yo no sé cómo, un día, ya lo llamaron al rector, que tenía que ir, y a mí también me citaron, y allá, en esas oficinas, se agarraron el rector y ese doctor Gustavo: el uno se gritaba y el otro también. En esas, el rector me dijo: “Venga, doña; vamos, la llevo en mi carro”, y el doctor le dijo: “No, ella no va con usted; haga el favor y firmele un cheque”; entonces, hizo el cheque y me lo pasó, y el doctor me dijo que me fuera ya mismo a cobrar. Ese rector, bravo conmigo, se puso a discutirme y me dijo que si no me daba cuenta que mi hija estaba por terminar el año y para graduarse en el colegio de él y yo me acuerdo que le dije: “¡Ay donde me le haga perder el año!”, y me fui a cobrar el cheque. Yo no sé, pero salir de ese colegio fue como salir del infierno; ¡qué fea esa vida ahí! Y a ese rector le salió más caro: le tocó pagarme el doble.

Con eso, y con la venta de los animales que tenía, juntamos para pagar donde arrendar; el día del trasteo, yo no estuve; me fui a trabajar en la mañana y mi esposo y mis hijos se trastearon en la tarde; ya, cuando llegaba en la noche, me dijeron que ahí ya no vivía. Cuidando el colegio duramos cinco años y, gracias a Dios, en ese tiempo mis hijos mayores terminaron el bachillerato; eso fue lo único bueno de vivir ahí.

Como mi esposo tenía una conocida que vendía en Los Dos Puentes, ella le ayudó a buscar unas piezas en arriendo y nos fuimos para El Calvario; después, mi hermana nos había buscado unas piezas al lado de donde ella vivía, que era más barato el arriendo y nos fuimos para allá. En ese tiempo, ya no trabajaba, solo trabajaba mi esposo, pues en ese tiempo era buena la venta del periódico, nos alcanzaba para todo. Viviendo allá, mi hija consiguió marido y se casó y se fue a vivir con él; al año, mi otra hija también consiguió marido y se fue a vivir con él; solo vivíamos con mis dos hijos varones; después de un año, mi hija volvió a vivir con nosotros y mi yerno consiguió una casa más grande, para vivir todos. Mi esposo aún vendía periódico, mi yerno trabajaba con mi hijo mayor en construcción y yo me iba a vender papas de carro en el centro y también vendía papas empacadas; se entregaban a las tiendas.

Así vivimos arrendado unos años, hasta que mi yerno compró un lote y se hizo unas piezas y ya nos pasamos ahí; en esas, vendí el carrito de las papas, pero, con el trabajo de ellos y como no arrendábamos, ya vivíamos mejor; dejamos de andar rodando; así transcurrieron los años, hasta que mi yerno ya construyó casa al frente de las piezas donde vivíamos y se pasó a vivir con mi hija y mi nieta, y nosotros le compramos poco a poco esas piezas; en ese momento, aprovechamos la aparición de la Virgen del Juanambú y nos

íbamos los fines de semana a vender para allá: vendíamos empanadas, frutas, jugos y papas en paquete; después, mi hijo menor buscó mujer y se fue a vivir aparte; ya nos quedamos mi esposo, mi hijo mayor y yo.

Cuando mi hija se separó de mi yerno, él se enojó y nos quería quitar esas piezas; mi yerno mismo le había dicho a mi esposo que le pague, por pocos, esas piezas, y mi esposo eso hizo y él nos vendió. Al separarse mi hija de él, éste nos pidió y nos dijo que él nunca nos vendió eso y que teníamos que desocuparle; entonces, me fui a los Consultorios Jurídicos; fui varias veces, hasta que, un día, ya nos citaron a los dos; el día que nos citaron, mi yerno se había ido adelante y le había dicho a la doctora que lo que se iba a arreglar era la repartición de bienes con la exmujer; cuando yo llegué, ya le dije a la doctora que a lo que íbamos era a solucionar la venta de esas piezas, que el problema con mi hija era aparte. Entonces, la doctora se enojó con él porque fue con mentiras y me ayudaron y me hicieron dar una plata, porque ya habíamos vivido ahí varios años.

Con eso compramos el lotecito, hicimos un rancho para el lado de atrás del lote y no podíamos construir adelante porque no había el billete; con la venta del periódico, no ayudaba para ahorrar plata. Un día, me encontré con un primo, que hacía años no veía; él vive en Cali y él me ayudó para construir adelante; también me ayudó mi yerno que, después de tanto pelear, ya estábamos bien; entonces, ya construimos y ahí vivimos hasta el momento; gracias a Dios, tenemos donde vivir y vivimos tranquilos; no fue que anduvimos mucho rodando.

Que yo tomara la decisión de venirme con mis hijos del campo, fue la mejor: ¡qué hubiera sido la vida de mis hijos allá, sin estudio! Las mujeres dedicadas a vender las frutas para mantener la familia y los hombres solo borrachos. Mis hijos, pues, ya tienen sus casitas y sus buenos trabajos y, gracias a Dios, ahora mis hijos nos ayudan a los dos viejos y vivimos bien; mi marido aún vende periódico y lo que él recibe nos sirve para el diario.

Las personas que migran a la ciudad lo hacen para salir adelante, para mejorar tanto su vida como la de su familia. Se puede observar que una madre, con poco estudio, supo razonar y tomar la decisión de salir de una vida de campo, de pobreza y con un futuro sin oportunidad educativa a seguir, para proporcionar a sus hijos un futuro mejor, con oportunidades académicas y sociales; una madre que constantemente busca la prosperidad de sus hijos, que el amor por ellos hace que soportara una serie de sucesos de amargura y humillación, provenientes de personas que se creen mejores que otras.

2.9 EL LOCO ARMANDO

La vida mía ha sido crítica desde los catorce años: he pasado mucho en la cárcel; hace nueve años de lo que salí de la cárcel, de pagar un poco de años, y mi corazoncito lo tengo, pues, así, inerte, porque, pues, no he podido recapacitar ni trabajar nada, porque, pues, no me han dado apoyo, ¿sí pillá? Quisiera recapacitar para dejar de ser así, pero no puedo; no tengo apoyo ni nada. He tenido muchos problemas con la ley; hoy en día, me siento como mal por haber hecho tantas maldades; no he matado, pero, pues, me pesa el corazoncito haber hecho tantas maldades.

La primer mujer que tuve fue la que me marcó la vida: yo era sano, ella fumaba y, un día, le dije: “A ver, ¿a qué sabe eso?”, y me gustó; cuando ella quedó en embarazo, dejó de fumar y yo seguí en el vicio. Yo estaba estudiando; estudiaba en “La Chiral”^{*}; cuando me metí con ella, yo dejé botando los libros, todo, y me fui con ella y, de catorce años, yo ya era papá de mellizos; vivía con ella y, después, me abandonó; tengo nueve hijas, con diferentes mujeres. He tenido varias mujeres, pero me han dejado siempre en la cárcel, abandonado; mientras he estado en la calle, les daba todo lo que podía; pero no me he dejado morir; a pesar de que soy bien vicioso, pero no me he dejado morir. Todas las mujeres que tuve me han dejado tirado solo en la cárcel y han creído que, cuando yo salga de allá, las voy a buscar para volver con ellas o que les voy a hacer alguna maldad; pero no, ni lo uno ni lo otro.

La mayor parte de mi vida la he pasado en la cárcel; casi toda la juventud la pasé en la cárcel; mi niñez fue crítica; pues, crítica porque, para mí, no hubo ni enero ni diciembre, ¿pillá? Desde la niñez, he pagado correccional, hasta que llegué a la cárcel grande, ya tuve los años; he estado encarcelado en Buga, en Pereira, en Palmira, en Popayán. Me ha tocado luchar para poder sobrevivir, porque esta vida que yo vivo es crítica; pues, sin apoyo, porque si yo tuviera apoyo, yo cambiaría; yo sé eso de marquetería, ebanistería y zapatería, eso me enseñaron a hacer en la cárcel; tengo diplomas de todo, pero, pues, a mí no, no me dan apoyo. Ahora, ya no hago maldades, ni nada, sino que voy a hacer mandados a la gente o me sale cualquier cosa, porque ahora, en viejo, quiero recapacitar, porque en joven no pude.

La gente puede creer que la vida mía es fácil, pero no es así, porque el trabajo que yo llevo es arriesgado; uno expone la vida, la vida está por garantía; la gente piensa que esta vida es fácil y... ¡mentira!; la vida es cruel, pero, pues, así sobrevivo. Más antes, yo me robaba a mí mismo y le echaba la culpa al que estaba al lado; yo me robaba y, después, le decía al otro: “Usted me sacó lo que yo tenía y... me paga”, y tenía que pagarme; me autorrobaba y salía recompensado. Entonces, así es la vida: toca jugársela; es bueno ser astuto, ¿sí pillá?; ni veinte policías han podido conmigo.

^{*} La escuela No. 1, de varones, denominada Escuela de El Achiral, comúnmente llamada Escuela de “La Chiral”, ubicada en la Calle 19, entre Carreras 28 y 29.

Yo estoy arrepentido; he tratado de buscar ayuda, pero siempre me han negado el apoyo, porque la misma autoridad me ha obligado a seguir en las mismas, porque me quitan lo que yo trabajo; creen que todo lo que tengo es robado y es que, a veces, mi hermana me manda a vender cualquier cosa, porque ella negocia medias y cacharrería, pero creen que eso es robado y quieren quitármelo; no me dejan trabajar tranquilamente, entonces me toca seguir en las mismas, para poder sobrevivir.

Soy un personaje de la Warner, el demonio de Tasmania; para hacer una vuelta, les digo a mis panas: “Qué hubo, llavecita, ¿cómo es la vuelta?; vamos a hacerla, ¿o qué? ¡Chévere!, ahoritica lo hacemos; vamos a comprar la griva, vamos a comprar el triqui; así es, hagamos cualquier cruce; ¿tiene vareta? Todo bien, bajémosla; paisano, ponga el ascensor que ya está la vuelta”.

Yo soy el personaje más buscado en la capital de Nariño; con panfletos y todo, soy el hombre más buscado aquí; pero ahora los policías me ven y ya no me dicen nada, sino los guachimanes esos, esos me quieren azarar el ambiente, pero, pues, ¿para qué? Conmigo no hay podido. Para hacer vueltas, no ando con nadie; no me gusta hacer vueltas así; a mí me gusta hacer vueltas solo: mejor solo que mal acompañado; ya me ha sucedido que he ido a hacer vueltas con los muchachos y los han cogido y me han delatado y, para tener que pegar una puñalada, pues mejor ando solo; no he matado a nadie, hasta allá no he llegado; esto es pura inteligencia; sí, yo soy un buen compositor... Le voy a cantar un disco; pille:

El loco se va atracar,
con el cuchillo en la mano,
y cuando está bien pelado
se va p' allá, a la central
y se coge su marrano:
las cosas le va quitar,
la chaqueta, los zapatos,
la platica, el celular.

Adiós, loquito, que te vaya bien;
con tu cuchillito, ¿a quién vas a joder?
¡Ay, va a soplar!, ¡ay, va a soplar!

Estoy enfermo de esta mano; me pegaron un machetazo, no en una pelea, sino, así, a lo tártaro; perdí dos dedos y otro lo tengo mal, pero digo que es la recompensa de mi Dios por todo lo que he hecho, porque eso viene recompensado.

Pasé muchos años en la cárcel, por piraña: yo no respetaba ni porte ni pinta; a mí me gustaba atracar mucho, hasta en la cárcel; a mí, en la cárcel de mi tierra, no me dan patio; tenía que permanecer aislado, aislado donde no llega el sol; me sacaban a las cuatro, a tomar el sol; a esas horas, cuando ya no hay sol; estaba como un queso, pálido, solamente metido en ese calabozo. Gracias a Dios —yo creo en Dios; no creo ni en el padre, ni en las

monjas, ni en los hermanos, yo creo en Dios, a mi manera—, confiando en Él y, pues, Él me ha dado sabiduría, la sabiduría para poder sobrevivir.

Estando en la cárcel, recuerdo, un día, que estaba en el calabozo con mi mujer, me tiraron una botella de tiner prendida con una mecha, me quisieron quemar vivo; yo he sentido lo que es las llamas seguirlo a uno, porque las llamas no vienen desde el suelo, sino que son bolas de fuego que lo siguen a uno; esa es una de las cosas que me ha llevado a recapacitar, ¿sí pillas? A mí me han dado puñaladas, pero, ¡ufff!, mi cuerpo es como un mapamundi de tanto corte; también me han pegado tiros: en una ocasión, me pegaron cinco tiros, dos en la cabeza y tres en la pierna. Gracias a Dios estoy vivo, porque no me los han pegado bien.

He sido un elegido, entre los doce apóstoles, sí; eso es lo curioso de mi vida: vivo pobre, vivo así, pero vivo más tranquilo; no tengo nada, a mis hijas les dejo lo poco que tengo; de lo que me indemnizaron por querer quemarme en la cárcel, les compré una casita: eso es de ellas; para mí no hay nada, pero eso les dejo a ellas, se lo merecen.

Les contaré una experiencia: una vez me iba a Ipiales, a analizar una panadería para meterle la mano; a los quince días que me fui, me dieron cana, me llevaron pa' la cárcel; y ella, al verme ahí metido, se metió con mi amigo, me dejó ahí botado; yo estaba barbado, no tenía ropa para cambiarme, me tocaba ponerme el mismo pantalón, andaba todo loco; cuando salí de la cárcel, me fui pa' la casa, entré y ella había estado acostada con el man que decía ser mi amigo, pero yo no reaccioné a lo loco; por una vieja, uno no se va a la cárcel.

Mi hija me decía: “Papá, no vaya a matar a mi mamá”, y yo le dije: “M' hija, su mamá no vale nada”. Recogí mis cositas y adiós; después, ella me buscó: que recapacite, que vuelva con ella, y le dije: “Si le perdono una vez, tengo que perdonarle dos y tres, y así; entonces, mejor seamos amigos, que no ha pasado nada”. Hay que ser consciente, porque si la intento matar o hacer algo, yo me voy pa' la cárcel y ella queda en la calle contenta, y yo triste, encerrado.

Después, conseguí otra mujer y me casé, me tocó casarme en la cárcel; me dieron diez años, por vender droga; mi esposa estuvo conmigo cinco años, de esos diez que me dieron; después de eso, se me torció, le dio trombosis, se metió con otro. Un día, yo estaba en una celdita y silbaban, y yo creía que era mi hermana; salí a ver, y era ella con el otro, y ese otro puesto mi ropa, y yo sin poder hacer nada; me daba ganas de quitar esas varillas, no sabía qué hacer, y es que es cruel estar triste, afligido en esa celda, donde no llega nadie, y con esas bobadas; y yo me pasé un pañuelito por las mejillas y me limpié y miré y, ¡huy!, era sangre; sé lo que es llorar lágrimas de sangre.

Yo he robado, he salido corriendo saltando muros, los policías y los dueños tras mío, pero no me han alcanzado; pocas veces me han cogido robando; la mayoría de veces que

me han llevado a la cárcel ha sido por vender droga; ahora, pues, ya no la vendo: me la fumo.

Al momento de robar, yo pongo el ojo y digo es eso y pues eso es; yo no les robo ni a las mujeres solas, ni a los ancianitos, ni a los niños tampoco; yo tengo la capacidad de coger a alguien joven; me he dado el gusto de coger a siete personas, que han estado tomando en las esquinas y he llegado y saco los machetes y, a lo gladiador, les digo: “Me ponen todo lo que tengan; sáquese esa chaqueta y pongan ahí los celulares, plata, joyas, zapatos”, y me voy, relajado; después, ellos llegan al CAI a poner la denuncia y los policías no les aceptan la denuncia; así es: sabiendo que yo soy una piraña, pequeñito, y siete dejarse robar, ¡qué brutos!

Cuando robaba y salían en persecución, a mí no me daba miedo porque, antes de salir, yo me encomiendo a la Virgen, al Sagrado Corazón de Jesús, a las ánimas benditas, y decía: “En voz confío, Virgencita del Perpetuo Socorro, líbrame y protégeme; lo que tengas escrito, que sea tu voluntad, papá Dios; si he cometido error y soy culpable, así que sea”; eso no más, y salgo; yo no le siento miedo a nada, tampoco miedo a la muerte: yo la clamo, para que me lleve, porque si le tuviera miedo, esa me viene a traer rápido. Nadie me quiere; ni el diablo me quiere, para que no le vaya a hacer contrapeso.

La primer cosa que robé fue una gallina, a doña Montaña; yo era peladito, tenía como ocho años y, después de robarme esa gallina, me quedó como gustando; creo que mi destino era ese; después, ya robe un par de aretes; después, quitaba relojes, les quitaba las carteras, las chaquetas, los zapatos. En esos robos, a mí se me han enfadado, pero yo sé, un poquito, taekwondo: yo no le saco sangre a nadie, porque me cuesta más la sangre que lo que les quito; entonces, yo lo que les aplico es la rodilla y el codo y así ya recapacitan y, si no, pues ya no les quito, les dejo que sigan el camino, porque yo no le voy a sacar la sangre a nadie para quitarle las cosas, o matarlo; eso es una torpeza, matar a alguien por quitarle una cosa; lo han hecho, pero yo no.

A la hora de robar, nunca me arrepentí de robarle a nadie, porque yo he sido bien calculador: yo no le robo a una mujer sola; le robo, si va con el novio o el marido; tampoco a los niños les he robado; como dice aquí la gente, que les he robado sus cuadernos: no, eso no lo hago; a los niños los estimo, porque tengo mis hijas y mis nietos; también me han dicho que he abusado de ellos, y no, eso es mentira. A mí me iban a mandar a la cárcel, porque dicen que violé una niña; pero no, gracias a Dios todo se aclaró: bendito Él, porque, por lo que soy, como sea, he tenido las capacidades para declarármelo a cualquier mujer; yo respeto mucho a los niños, pero, pues, a mí la gente me tiene como lo peor, pero, a la hora de que alguien habla conmigo, se da cuenta cómo es el tigre: el tigre no es como lo pintan.

Yo hablo con quien sea: a los ladrones les hablo como ladrón; a los señores les hablo con decencia. La relación con mis hijas es bien: les di el estudio; pues, me decepcioné de mi mujer, pero ellas vienen a verme, yo voy donde ellas, y bien.

Yo hice hasta tercero de primaria y, después, la universidad de la vida; me gradué en la calle; la libertad es lo primero que tiene uno en la vida; les voy a cantar una canción, que es mi realidad...

Con el pucho de la vida apretado entre los labios,
la mirada turbia y fría, un poco lento el andar,
dobló la esquina del barrio, curda ya de recuerdos,
como volcando un veneno esto se le oyó cantar:

Vieja calle de mi barrio donde he dado el primer paso,
vuelvo a ti doblado el mazo en difícil barajar,
con una daga en el pecho, con mi sueño hecho pedazos,
que se rompió en un abrazo que me diera la verdad.

Aprendí todo lo bueno, aprendí todo lo malo,
sé del beso que se compra, sé del beso que se da;
del amigo que es amigo siempre y cuando le convenga,
y sé que con mucha plata uno vale mucho más.



Figura 6. El loco Armando.

Aprendí que, en esta vida, hay que llorar si otros lloran
y, si la murga se ríe, uno se debe reír;
no pensar, ni equivocado, ¿para qué?, si igual se vive
y, además, corres el riesgo que te bauticen gil.

La vez que quise ser bueno en la cara se me rieron;
cuando grité una injusticia, la fuerza me hizo callar;
la experiencia fue mi amante; el desengaño mi amigo...
Toda carta tiene contra y toda contra se da.

Hoy no creo ni en mí mismo: todo es truco, todo es falso,
y aquél que está más alto, es igual a los demás.
Por eso no has de extrañarte si, alguna noche, borracho,
me vieras pasar del brazo con quien no debo pasar.

Aprendí todo lo bueno, aprendí todo lo malo,
sé del beso que se compra, sé del beso que se da;
del amigo que es amigo siempre y cuando le convenga,
y sé que con mucha plata uno vale mucho más.

Aprendí que, en esta vida, hay que llorar si otros lloran
y si la murga se ríe, uno se debe reír;
no pensar, ni equivocado, ¿para qué?, si igual se vive
y, además, corres el riesgo que te bauticen gil.

La vida me ha enseñado a vivir amarguras, he llorado, he reído, he gozado, he sufrido;
pero yo no doy mi mano a torcer; yo, pues, siempre pa' 'lante, no me le arrugo a nada; si
mato el tigre, no me le escondo al cuero. Si me decían: “Vos me robaste”, pues decía: “Si
yo te robé, ahí verá usted cómo quiere cobrarse: ¿con sangre o con qué?” Pues, me han
amenazado; me han venido a echar bala en estas esquinas, pero ahora ya no; los únicos que
me molestan la vida son esos guachimanes de la Central, y eso sin conocerme, solo por la
fama que me han dado. Como dice el disco: “Cría fama y acuéstate a dormir”.

Yo soy “el loco Armando” por herencia: a mi mamá le dicen “la loca” y a mi abuelo lo
conocían como “el loco”; entonces, yo quedé como “el loco Armando”. La gente puede
hablar lo que sea, pero, ante Dios y mi criterio, tengo la conciencia medio mala, pero cosas
graves no he hecho: no he matado ni violado, respeto a los niños y los ancianos. Aunque
aquí me pueden tener como lo peor, lo que me da ira y las insulto a las señoras es cuando
las mamás asustan a los niños conmigo; que les dicen: “Ve, el loco armando ahora te viene
a robar, por malcriado”; entonces, no me gusta, porque yo digo: ¿me vio la cara de qué o
qué? Aquí me tienen pánico los muchachos, porque la gente habla, por lo que era más
antes, pero ya, cuando hablan conmigo, ya me conocen. Y dejo que la gente hable; mejor,
porque se acuerdan de mí.

Yo llegue a la cárcel de quince años, un peladito; yo tenía una cuchilla de esas de
afeitar y le corté la cara porque, pues, por mi culo yo me hago matar; me ha tocado
guerrearle duro, sacar sangre; es que cuando uno llega a la cárcel siendo nuevo, sin saber,
los otros reclusos lo venden; que le decían a uno: “Esa ropa es mía, eso que tienes es mío”,

que uno era de alguno: ¡qué tal!; entonces, uno no se la deja montar. Los guardias sabían, pero nadie hacía nada; ahora la cosa es más controlada, por las mesas de trabajo; ya me cansé de estar en esas paredes; cargar tanta pared es duro, porque no he pagado ni uno o dos años, han sido siete u ocho; y salía y a los tres días otra vez allá, otro poco de meses, por eso casi toda mi vida la pasé allá.

En la cárcel, a uno le ayudan a reformarse, para el que quiera cambiar; cuando llegó el SENA a enseñar, me metí de curiosidad y, pues, sí me gustó y estudié eso de marquetería, lo de enchape, pero, pues, ¿para qué?, si no hay apoyo y no me dan trabajo en ningún lado. Es que yo era un loquito: en la cárcel, me ha tocado apuñalear por comida; allá la vida es difícil; si uno llega como güevón, se la montan; si uno está en la fila y otro se mete a colarse, por eso no más a guerrear, porque si yo me dejo, después me meten los dedos a la boca, ¡y no!; si se la deja montar, le ponen a lavar ropa de todo el pasillo, y si llega alguno porque violó, le meten un palo por el ano, ¡y no!, yo no estoy de acuerdo; el único que juzga es Dios, pero, pues, ¿qué? Nosotros no podemos juzgar a nadie; primero, tenemos que vernos cómo somos nosotros.

Que yo diga que sé pelear, es mentira; solo he tenido suerte, porque, si sabes mucho y no tienes suerte, no sabes nada; si no sabes nada y tienes suerte, sabes mucho. A pesar de lo poco que estudié, yo soy una persona centrada, que analiza las cosas, que las piensa; soy una persona que recapacita, primero. Ahora me acerco a la persona y le digo: “¿Cómo está tu esposa o esposo; cómo está tu mamá, como está tu papá, como están tus hijos?; ¿sabe qué, paisano?, se me cae la cara de la vergüenza molestarlo, ¿me puedes regalar doscientos o quinientos pesitos? Sin ofender, sin obligar, si me regala es por voluntad, no por miedo; no lo estoy amenazando, le estoy pidiendo con decencia; si usted me da la mano, no lo voy a coger del codo”.

Y si contara de amigos, amigos solamente hay uno, que es Dios; el resto han sido distinguidos, amigos de ocasión; en la cárcel, en el hospital, yo no he visto un amigo me haya ido a visitar; no he visto un amigo que le diga a mi mamá: “Vea, llévele esto a Armando”. Amigos verdaderos no hay, son amigos del momento: ¿Qué amigos, si no le digo que un amigo, que decía ser mi amigo, se metió con mi mujer? Ahí fue donde me quité la venda: no hay amigos, ¡qué amigo va a ser! Y, si no, oiga esta canción:

No sigas diciendo que un amigo tuyo
y tu propia esposa mancharon tu hogar,
Confiesa, cobarde, que esa era una deuda
que tarde o temprano había que cobrar.

Esa era mi novia, que tanto quería,
una tarde, ingenuo, te la presenté,
sentiste envidia, al verla tan linda,
¿cómo siendo pobre, yo la conquisté?

Desde aquel instante, a espaldas, cobarde,
como tenías plata, le ofreciste más,
hasta convencerla, porque tú eras rico
y mi novia, un día, por ti me dejó.

Al cabo de un tiempo, la hiciste tu esposa,
con mi propia novia fuiste mi rival
y yo seguí pobre, sin plata ni novia,
mientras tú, del brazo, fuiste hasta el altar.

No olvides que, un día, fue que me invitaste
a que yo la viera en tu propio hogar
para así humillarme y, entonces, vi claro
planear la venganza que había que cobrar.

Al ver a tu esposa, la que fue mi novia,
yo leí en sus ojos que no era feliz:
no bastaba el oro, la riqueza tuya,
y que me deseaba se lo comprendí.

Volví por la noche, cuando tú no estabas
y, efectivamente, mi plan no falló;
tome mi venganza y me sorprendiste:
ya ves que de nada tu oro sirvió.

Ahora ya puedes seguir pregonando
que yo fui el amigo que te traicionó:
búscala, si quieres, que ya está cobrada,
la deuda entre amigos, saldada quedó.

Tú no eres mi amigo, ¿amigo de qué?

Yo tengo cincuenta y dos años; nací el primero de mayo, el día del trabajador, por esa razón me gusta tanto trabajar. Yo tengo dos corazones: yo doy respeto al que merece respeto; el respeto no se lo compra, sino que se lo gana. Si a mí una mujer me insulta, pues tampoco me rebajo; solo le digo: “¿Sabe qué, muchacha?, yo con las mujeres no peleo; en la única parte que peleo con las mujeres es en la cama”.

Yo soy muy creyente: tengo tatuados a mis santos, al Divino Niño y al Sagrado Corazón; me falta la Virgen del Perpetuo Socorro, pero no hay quién me la tatúe, porque si no, me hago hacer la Virgen en toda la espalda; al tatuarse, uno siente dolor, pero también satisfacción, porque yo no me tatúo muñecos así, feos; me tatuó cosas que yo crea. A mi manera, creo en Dios, así me digan idólatra; lo que me diga la gente, no me importa; lo único que sé es que Dios está conmigo y no me preocupo por el día de mañana, porque el día de mañana Diosito me trae su voluntad; solo recuerde que el saber nada te vale, si no tienes suerte. Yo me siento orgulloso de la vida que estoy llevando ahora, porque, gracias a Dios, estoy vivo y puedo querer; me ha tocado luchar en la vida, me ha tocado luchar hartito; me ha tocado también pedir auxilio, porque, pues, no soy Superman para frentiarle a todo; es que más antes, era bien malo.

El problema de tener una vida sin oportunidades de progresar o salir adelante es, en parte, el no ser consciente de las elecciones tomadas en el pasado y no asumir la responsabilidad en cada circunstancia. Las decisiones que se toman en la vida perjudican para tener un buen futuro; si se pasa por la vida haciendo el mal a los demás, tarde o temprano el destino va a cobrar. Desde pequeño, se debe aprovechar cada oportunidad que presente el destino y reflexionar sobre si lo que se quiere elegir para la vida traerá un futuro satisfactorio.

2.10 LA JUVENTUD DE ANTES

Cuando yo era pequeña, vivía en una vereda con mi mamá, mis abuelos, mis tíos y hermanos. Mi mamá vendía frito ahí y con eso nos mantenía; luego, mis abuelos se fueron a vivir a una hacienda y también nos fuimos con ellos y mi madre trabajaba como alimentadora de los obreros del Distrito de Carreteras, que había en ese tiempo; ella permanecía en los campamentos donde estaban los obreros y había tiempos que nos llevaba con ella, pero la mayoría de tiempo permanecíamos con mis abuelos.

Me pusieron a estudiar ya grande, de siete años entré a primero; me iba con mis tías a la escuela de una vereda de más arriba y nos tocaba caminar harto; nos íbamos de mañana, bajábamos a almorzar y otra vez a la escuela. Como me iba con mis tías, a veces las volquetas o camiones nos llevaban colgadas en la puerta y mis tías me ponían en medio de las piernas de ellas para llevarme más segura, pues ellas eran más grandes; viviendo ahí con todos, todos nos sabían cascar: mi abuela, mi tía la menor y mis tíos; mi mamá nunca nos pegó y una vez se agarraron mi mamá y mi tía porque me dio en la cabeza con una taza, ¡y esas tazas de antes que eran de hierro!; entonces, mi mamá le dijo que a iba a parir y se iba a dar cuenta que es feo que le traten mal a los hijos; a nosotros nos tocaba ayudar a cocinar: una semana cocinaba una tía, la otra semana la otra y, con mi hermana, nos tocaba ayudarles, hasta que, ya más grande, me fui a vivir con mi papá; mi padre tenía otra mujer y vivía en el pueblo; pues, yo no quería ir con él, pero él me fue a traer; viviendo con ellos, eso sabía llorar y me daba miedo que doña me mire, porque mi madrastra era brava y me sabía regañar; y es que ni mi papá ni mi madrastra me dejaban ir a ver a mis abuelos ni a mi mamá; ellos sabían que los domingos de mercado venían al pueblo y no me dejaban ir a verlos; y mi madre tampoco iba a verme; de pronto iban mis abuelos y yo, ¡tonta!, pues uno que era niño, como todas esas casas eran grandotas y tenían salida a la calle de atrás, y yo me montaba por una escalera al filo de la tapia a ver si en ese montón de gente los podía mirar; se me hacía que la iba a ver a mi mamá.

Viviendo con ellos, estudié hasta tercero de primaria; después, como ya me fui, ni más estudié. Un día, yo no sé quién le había contado a mi mamá que ellos me trataban mal y que mi madrastra me pegaba, y era cierto, la finada me sabía pegar, me jalaba las orejas, entonces mi mamá llegó a la casa y me llevó con ella. Mi papá tenía una costumbre bien fea, que mientras uno vivía con él le daba todo lo que necesitaba, pero que uno se vaya, ya no le tiraba ni un peso, para nada; y cuando mi mamá se murió, como a los seis meses me fueron a traer otra vez y, pues, me vine yo, ¡tonta!, a seguir sufriendo, porque ellos sí eran jodidos.

Cerca de cumplir quince ya, pues ya, en ese tiempo, pegarme ella, ya no me pegaba, pero era qué bravísima. Un día, ella iba a hacer una diligencia a Cali y me llevó, porque, como si no estaba ella pendiente de mí, no me dejaban. Llegamos donde el hermano de mi papá, allá era a estarnos unos días, pero al día siguiente llegó mi primo y le dijo a mi madrastra que me deje unos días, que él me daba para el pasaje de regreso y ella dijo que si yo quería, pues que me quede, que ella le decía al viejo (así le decía a mi papá) y mi primo me calentaba la oreja de que me quede y, pues, les dije que sí quería y me quedé; esos ocho días se hicieron un año y, eso, mi papá y mi madrastra era mande cartas, que ya me manden y yo no quería venir, ya sabía la vida que me esperaba acá; mi primo me quería hartó y con él era a pasear para todo lado, me compraba ropa, no me dejaba hacer oficios, hasta que un día llegó mi tío y dijo que tenía que llevarme porque eso qu' ezque mi madrastra estaba mande y mande razones, y me tocó venirme, ya no tenía de otra, y llegar a donde mi papá, era llegar al infierno; me tocaba cocinar, hacer todo lo de la casa y mi madrastra se iba a chismosiar a las casas, se sabía largar a andar:

—Me voy a ver la carne —decía; que cuando ella llegara que el agua tenía que estar hirviendo; yo, ¡pobre!, era eche aventador, porque como me tocaba cocinar con carbón y ella se demoraba y es que me tocaba hacer almuerzo y cena; pues, mientras vivía con ellos, sí me compraban ropa, lo que salía de moda, me compraban lo de maquillaje; pero es que ellos eran muy jodidos y mi madrastra le metía cuentos a mi papá y me hacía regañar y era ¡qué problemas! Me tocaba duro, la niñez de uno fue amarga, y la juventud, pues, difícil; si a uno lo iban a ver los amigos, ya nos decían que parecíamos perras dispuestas; nunca nos mandaban a bailar y, cuando vivía con mi papá, podía ir a las fiestas si mi madrastra iba y estaba ahí pendiente de mí; la única fiesta que fui sola, fue a un matrimonio de una amiga, que era la hija del dueño del granero donde mi papá fiaba; entonces, ellos eran de harta confianza y, porque como era veinticuatro de diciembre y mi papá tenía un billar, él estaba allá ocupado con mi madrastra atendiendo, porque la gente estaba amontonada comprando trago; esa vez estuve hasta las tres de la mañana, que ya me fui a dormir, si no con mi madrastra era un medio ratico y decía:

—¡Vamos! —y tocaba irse.



Figura 7. La juventud de antes.

Esa noche fue cuando me ennovié con un muchacho; él estaba medio tomado y me decía que no me dejaba ir hasta que le diga que si quería ser la novia y, pues, como él me agarraba que no me vaya y uno, en esos tiempos, ¡qué vergüenza que la gente lo vea en esas!, entonces le dije que sí y me fui acostar; es que antes uno sí era bien respetuoso, ¡qué vergüenza!; no como ahora, las muchachas no tienen pudor; y los muchachos iban a pedir permiso a la casa para poder ir a verlo a uno y eso que era en la entrada, ahí en el umbral de la puerta. Con él, mi papá y mi madrastra no pusieron problema, pero con otro novio que tenía antes, sí no, era una guerra, le amargaban la vida a uno, solo regañándolo y dígame cosas y ni a la puerta podía ir él; es que con mi madrastra me tocaba para todo lado, hasta en la misa, nunca podía ir sola a ninguna parte, pero no me obligaron a estudiar y yo tampoco hice por estudiar; es que ya estaba grande para entrar a cuarto, de la escuela.

Unos años estuve y un día cogí y me fui; esa vez me enojé; le dije que yo me iba donde mis abuelos y me dijo que me vaya, que me gustaba ir a sufrir, y me salí y eso me regañaban todos dos, y me dijo que me iba a parir igual mi mamá, me dijo mi papá. Y me fui y, después, había ido a decir donde el alcalde que yo me había ido escondido, y yo estaba donde una amiga, en la casa de la mujer de un primo de mi madrastra; allá llegó el alcalde diciendo que yo me había volado, y doña Mélida se puso brava; le dijo que yo no me había volado:

—Pues, si la tratan mal, ella se salió y llegó aquí. —Además, le dijo que yo no era sola, que tenía mis abuelos y dóndeirme a vivir; eso fue un sábado y, al día siguiente, domingo, mi papá le había ido a decir a un primo que me vaya a dejar allá, donde los abuelos; entonces, yo le dije que no necesitaba que me fuera a dejar:

—Sola no más me puedo ir. —Él me dijo que mi papá le había dicho que me vaya a dejar y ya me fue a dejar.

Ya viviendo con mis abuelos, pues mi abuela también era que jodida, me tocaba ayudarle también, pero con ellos me sentía mejor, estaba con mis hermanos y mi abuelito era más lindo, nunca llegó a pegarnos; un regaño de él era: “Ve, ¡estas puñeteras!”, nada más nos decía. Cuando tuve mi primera hija, eso fue pero lo peor para mi abuela; eso, me trataba feísimo, que yo era una cualquiera, pues por lo que no me había casado; pero cuando ya nació mi hija, era la adoración de ellos; es que no me sentía preparada para casarme y mi novio me dijo que si no me casaba con él, que no lo volvería a ver en la vida y, pues, como le dije que no, así fue, ni más supe de él.

Ahora los jóvenes son rebeldes: a uno, si lo mandaban, iba, no se enojaba uno, pero ahora se van no más; y ahora las muchachas tienen novios y a todos se entregan, antes ¡era un respeto!; es que uno para dar un beso, era con qué pena; ahora, se vuelan con los novios; antes, a uno lo mataban. Pienso que esto se debe a que..., verás, en la Biblia dice que antes, cuando la gente se dañó así, y eran todos malos y el Señor mandó el diluvio y acabó con toda la gente en ese tiempo, y el Señor hizo un juramento y mandó el arco iris y eso era para decir que nunca más iba a ’ber un diluvio, pero, en los últimos tiempos, dice la

palabra, la gente se rebelará, los hijos con los padres se matarán, entre hermanos también, y todo eso se está viendo ahora; es que ahora hasta reprender a los hijos es problema: que ya le dicen a uno que lo van a demandar, uno ya no les puede pegar.

Los juegos de nosotros eran, como se cenaba tempranísimo, a las cinco ya estaba la comida, si hacían yucas con maní, traíamos una hoja de planta y nos gustaba que nos envuelvan las yucas ahí y nos íbamos por allá lejos a comer, por el monte; o nos compraban ollitas de barro chiquitas y nos poníamos por ahí, tras de la casa, a cocinar, cuando teníamos tiempo o los domingos, que llevaban carne y nos regalaban un pedacito. Cuando mi abuela hacía un dulce, que se llamaba canchape, y nos gustaba que nos echen en las ollas y al otro día, que estaba frío, nos íbamos a comer al monte; y ahora los niños ya ni salen, con eso del Internet ya ni juegan, ni caminan; a nosotros nos tocaba caminar hartito, para ir a la misa, ir a la otra vereda, los miércoles de ceniza ir hasta el pueblo, ir y volver a pie.

Yo trabajaba, me tocaba ganar algo: iba a coger café, desgranando maíz y maní, pero, pues, no era trabajo muy duro; pues, trabajaba para vestirme; para la comida no era mucho, porque mis tíos les mandaban a mis abuelos unas remesotas; mi abuela venía a la ciudad a vender zapallo y achote y llevaba las papas a la casa, pero ¡qué hartito que era cuando a uno lo llevaba a coger eso!, un día entero fuera de la casa, por allá en el monte; cuando nos llevaba a chagrear, ¡ay, qué feo que era eso!; se ponía a deshojar, a cortar, a sacar leña para la casa, y a uno le tocaba acarriar la leña a la casa, volver a traer más; eso de coger achote, ¡qué aburridor que era empacar bultos!, pero lo más feo era cuando le iban a encargar esteras de látigo y nos decía:

—Vamos a hacer las esteras, —todo el día nos llevaba por el monte y hasta el almuerzo nos iban a dejar; tocaba estarle acomodando la cabuya y toca ir a traer agua del río para eso, y prender estiércol de vaca para que no nos piquen los zancudos. También le encargaban cobijas o algodón en pepa o por kilos, y nos llevaba a coger algodón, y que uno no quiera ir era ¡qué palizas!, cosa que mejor era ir; cuando se lo compraban con todo pepa, ¡qué dicha que era!, pero había otros que compraban sin pepa; eso sí era feo quitar esa pepa; mi abuela nos ponía tarea, me colocaba una canastada de algodón a despepitar y, después, a tizarlo, y tocaba ir abriéndolo y colocándolo bien bonito. Todo eso nos tocaba en la niñez a nosotros, no fue nada fácil.

Se presenta un gran cambio entre las vidas pasadas y las presentes; las personas modernas abandonan los valores de antes; la sociedad se sumerge en una decadencia moral; los jóvenes han perdido el respeto a sus mayores, desobedecen, escupen sobre la ley, se rebelan ante la sociedad, hay menosprecio y corrupción, pero se puede entrar en la reflexión de si la humanidad moderna ha entrado en una evolución de valores; se puede pensar que los antepasados reprimían cualquier señal de espontaneidad o de individualidad, por temor a

represalias, y, en el presente, la sociedad es civilizada, donde las personas no tienen temor de que sus actos los lleven a un hostigamiento.

2.11 EL CARNITAS

Yo vivía con mis padres y hermanos en el campo; allá, en el pueblo, vivíamos hartos, mi abuela y cada hijo de mi abuela con sus familias; entonces, éramos hartos y la casa no era muy grande que se diga; vivíamos amontonados; se vivía de las cosechas del terreno que dejó mi abuelo y mi padre nos mantenía con la venta de carne que tenía.

Mi padre vendía carne los días de mercado en el pueblo y mi hermano y yo íbamos a acompañarlo, mientras mi madre vendía leche con mi hermana; mi padre compraba las reses para vender la carne; los cerdos sí los mataba en casa; siempre mirábamos cómo mataba y despostaba los cerdos; también mirábamos cómo cortaba las reses, para sacar cada parte de la res; cuando vendía la carne, nos indicaba cada parte, qué era lo que pedía el cliente, cómo se cortaba tal parte para que no se dañe, nos explicaba cómo coger el cuchillo y cómo afilarlo; cómo colocar la carne y la mano, para tener un buen corte en el retazo.

Como mi padre mataba los cerdos en la casa, yo sentía miedo de eso; me daba pena oír a esos animales, cómo chillaban; me daba asco de la sangre, no comía carne de ver tanta amontonada y porque miraba cómo moría el animal, hasta que un día me obligó a matar uno; yo sentía pánico de ver el cerdo colgado, listo para recibir el puñalazo y mi padre detrás diciéndome: “¡Hágale, güevón; no parece ser hijo mío, no parece varón!” Y mi madre solo decía: “Hágale caso a su padre”, y mis hermanos y primos burlándose y, bueno, me tocó matarlo; ese día fue traumático para mí, me sentía un asesino, pero así fui perdiendo el miedo, hasta que, después, ya era normal y costumbre eso: cada que se llegaba día de mercado, a matar.

En la casa, eran muchas las peleas entre mis tíos, hasta que un día mi padre, ya cansado de eso, se puso a pensar y dijo que nos vamos pa’ la ciudad: “allá la gente consume carne a diario, porque la carne es un producto que se necesita en la alimentación y también pa’ ver si hacemos algo por esta puerca vida y ver si allá estos muérganos estudian”, como nos decía a nosotros, “y se vuelven alguien en la vida; si nos quedamos aquí, estos se vuelven alcohólicos; yo, que les doy buen ejemplo, nunca un trago, y estos salir borrachines”.

Mi madre, pues, le dijo: “Bueno, m’ hijo; Dios nos ayudará a salir adelante”. Y tomó la decisión de partir a la ciudad; empacamos los chiros y nos vinimos. Al llegar aquí, mi padre ya había charlado con un conocido, para el arriendo de una casa; la casa era pequeña: tenía dos piezas grandes, en una pieza dormíamos todos; en el patio, se hizo una media cocina y, en la pieza de enfrente, mi padre puso la venta de carne: ahí colocó la mesa, acondicionó unos palos para poder colgar las reses y demás y, también, ubicó la pesa, que se la trajo desde el pueblo y, también, se trajo un pedazo de tronco, que era donde cortaba el hueso

con hacha. Un conocido ya le había dicho dónde se compraba los animales y ya se iba a comprar y en la casa solo se despostaba.

Al principio no era mucha la venta, hasta que empezaron a conocerlo y, también, porque mi padre era bien sociable, ya salía con cualquier chiste al atender a la gente; también, había gente que hacía pedidos y nosotros los íbamos a dejar; en esos tiempos, la carne no teníamos dónde guardarla, pero como el negocio sí resultó, mi padre compró una nevera: ya duraba más tiempo.

También nos colocó a estudiar el bachillerato, en el colegio cerca a la casa, pero yo, como empecé a trabajar con él, llegué hasta séptimo y no quise estudiar más; la verdad, el estudio no me agrada y eso no era lo mío; mis padres me dijeron que si ya no quería estudiar, entonces tenía que trabajar, para mis cosas y, pues, me quedé con él, trabajando, y fuimos progresando; me corté un resto de veces: es que el cuchillo tiene que ser filudo; cuando uno corta hueso, le salta a la cara.

Hasta que, un día, el dueño de la casa nos dijo que desocupáramos; nos preocupamos, porque no encontrábamos por ahí cerca de donde ya teníamos clientela, pero, gracias a Dios, conseguimos una casa más grande, aunque más caro el arrendo, pero entre los dos podíamos pagar; esta casa tenía más espacio para montar una buena carnicería.

Mi padre enfermó muy duro y ya poco podía trabajar, pero yo continué en la carnicería y con eso manteníamos la casa; en poco tiempo, mi padre murió; fue un momento duro para todos, pero yo, como el hijo mayor, tenía que hacerme cargo de mi familia; aunque con tristeza, seguí en el trabajo y me sentía orgulloso de hacer lo que a mi padre le gustaba, y como él me había dicho que quería que yo fuera alguien en la vida, pues me hice carnicero.

Al ver que me tocaba hacerme cargo de mi familia, porque era el único que trabajaba, me fui y arrendé un local en la calle central del barrio y mi hermano llegaba en las tardes a ayudarme; pues, como trabajaba conmigo, yo le pagaba algo, mientras mi hermana estaba con mi mamita en la casa; ahí fue más dura la competencia, había hartas carnicerías, pero como el trato a las personas influye mucho, fui cogiendo clientela; la gente me peleaba, porque no le abría la carne, y es que para comprar una media, ¡qué me voy a poner a abrir bien!; eso, medio les abría y listo; me quitaban mucho tiempo. Así, seguí trabajando y saqué a crédito un refrigerador pequeño, pero me servía para conservar la carne, y para cortar hueso aún conservaba el tronco de mi padre.

A mis hermanos les pagué el estudio; por lo menos, ellos sí se graduaron; mi hermano, al graduarse, se quedó trabajando conmigo; eso sí, de ahí le tocaba pagarse sus cosas, yo ya no lo mantenía. En cuanto al trago, mi hermano y yo no lo dejamos; mi padre quería que dejáramos ese vicio, pero nos quedó grande; aún nos pegamos nuestras rascas; aunque borrachines y fumadores, pero somos responsables.

Mi hermana consiguió marido y se fue de la casa; es un buen marido y eso me alegra, porque vive bien. Después de un tiempo, mi hermano consiguió mujer; vivió un tiempo con

nosotros en la casa, hasta que un día me dijo que quería montar su propia carnicería, en un barrio de más arriba y yo le ayudé y así fue: él ya trabajaba independiente y se fue a vivir con la mujer, también. Entonces, quedamos yo y mamita en la casa: yo la mantengo a ella y los dos nos llevamos bien; ella me hacía la comida, me iba a dejar al local, allá comíamos los dos y se llevaba en la tarde conmigo. Yo, pues, no tenía mujer; por ahí unas novias, pero mujer no; a mí me importaba mucho mi mamita y ella era la señora de la casa; no le iba a llevar otra que, de pronto, la llegue a mandar o tratar mal. Después, compré un refrigerador más grande, ya tuve mi pesa electrónica y mi cortadora; ya dejé en la casa el tronco de mi padre, pero, pues, toca modernizarse.

En el barrio me conocen como “El Carnitas”; yo trato bien a mi clientela, les vendo buena carne, por eso regresan: si a alguna vecina le hace falta, yo le fio; eso sí, a las que me pagan; las otras ni más vuelven, o no tienen cara de volver a fiar; también me dicen “El Niño”, porque mi madre me trata así, porque aún no me he casado y ella me consiente mucho.

En la carnicería, uno, pues, coquetea mucho y hay viejas que le hacen caso; las invito a salir los domingos por la tarde y aceptan. Pues, así, uno picarón; eso sí, cuando está mi madre presente, soy todo serio; a uno le da vergüenza molestar a las muchachas con esas manos llenas de carne y sangre, pero ¿qué se le puede hacer?: ese es mi trabajo; así me hacen caso. Me gusta mucho el trago y tengo una novia que, cuando estoy de guayabo, me viene a dar vendiendo; esa es muy vieja para mí, me gustan más jóvenes que yo, pero es la única que me consienten mis borracheras.

Por mujeriego, me han venido a hacer escándalo y ¡qué vergüenzas que me hacen pasar esas viejas locas, que creen que por una salida, que uno tiene algo serio con ellas!; también me gusta molestar a las hijas de las vecinas; no se me ponen bravas, porque saben que soy medio loco; pero a las que son casadas no, porque un día que molesté una casada, el marido vino a reclamarme y ya me cascaba, ¡y yo que soy tan bueno para peliar!; ese hombre, todo macancan, me dejaba medio muerto; por eso, ni más.

Ahora, compré un local más grande, es esquinero; monte mi carnicería con todas las de la ley, le hice hacer el cuarto de congelado, tengo dos congeladores, la cortadora y la moledora, ya todo eléctrico, uno ya no se mata tanto; con esa cortadora, me he tratado de volar los dedos, y peor cuando estoy de guayabo, que todo me tiembla; sí es feo vender hueso. Se atiende mejor a la clientela, porque ya tengo mis trabajadores; compro carne en buen estado y todo es muy limpio, para prestar cada día un mejor servicio; tengo un trabajador para cada cosa, hasta para la registradora; así, se lleva mejor el negocio. Hay señoras que son clientela desde tiempos y sus hijas y nietos van a comprar también.

A mí me gusta mucho ser carnicero: una, porque fue lo que me enseñó mi padre y él quería que tuviera un trabajo estable; me gusta, también, porque presto un servicio honesto y mantengo a mi madre como una reina; este trabajo me ha ayudado a tener mis cosas:

tengo mi casita, tengo mi carro, mi propio negocio y vivimos bien; también, ayudo a mis hermanos, si tienen alguna dificultad.

Lo gracioso de que yo venda carne es que en la casa no la consumimos; solo la utilizamos para hacer la sopa, pero no la comemos; cuando se quiere carne, es de puerco, y puede ser cada ocho días. Yo no compro carne robada, esa carne que cogen los que pesan las reses y nos la van a ofrecer más barata; no les compro, porque los dueños de las reses van a vender con tanto trabajo sus animales, ¡y que esos les roben y uno comprar, uno se vuelve más ladrón! Y no, eso es como sal para el negocio; yo pago lo justo, lo que pesa y vale el animal; no me gusta robar, porque uno mismo se hace el mal; soy justo en todo: compro carne buena, al precio justo, y vendo carne buena y al precio que es, y bien pesado; les recomiendo la carne que buscan, no las engaño con otra carne. Respeto a mi clientela, así mismo me respetan: si es de bromear, bromeo; si no, es con todo respeto. Todo en la vida se recompensa: yo trabajo honradamente y ayudo a la gente que lo necesita: así mismo, mi Dios me retribuye el doble. Mi trabajo me hizo lo que soy ahora, un buen hijo y un buen hermano; no he podido dejar el trago, ni dejar el vicio de las mujeres, pero lo más importante es que cuido de mi viejita y así lo haré hasta que Dios se la lleve a su lado. Me siento orgulloso de ser carnicero y eso será hasta que Dios lo permita.

Las prácticas de la vida pueden enseñar la labor del futuro; la vida ofrece la posibilidad de obtener conocimiento con esas experiencias, y estos conocimientos se utilizan para formarse como individuo en sociedad, para enfrentarse a ese mundo de lucha. Al dejar plasmadas las experiencias, se permite que esos relatos de vida sirvan como enseñanza de superación para las generaciones del futuro.

3. CONCLUSIONES

Como bien dicen por ahí, recordar es vivir, y se lo ha comprobado con este trabajo, ya que, por medio de los recuerdos de las personas entrevistadas, se ha hecho que ellas vivan sus experiencias pasadas en el ahora, claro está que desde un nuevo punto de vista, que, si bien les ayudó a mirarse en el ahora, también les permitió revivir ese existir anterior; no se puede quedarse en que solo ellos han experimentado algo en su ser: las investigadoras también aprendieron de estas vivencias, que, si bien, como todas las personas que colaboraron con sus testimonios de vida, aseguraron que lo que les pasó fue real, no se está exento de preguntarse, ¿pudo ser cierta esta o aquella historia?: en realidad, son vivencias únicas, que se diferencian la una de la otra, todas distintas y únicas.

El hecho de que se hubiera escogido a personas adultas y de la zona urbana de la ciudad, ha permitido recolectar unas historias muy interesantes; no se quiere entrar en el ámbito de lo moral o en estereotipos, sino, por el contrario, al ser personas del común, evidencian que las personas, en su diario vivir, tienen mucho que contar y enseñar, ya fuese no solo por su manera de comunicarse, sino también en su forma de actuar.

Ha sido grato poder comunicarse con las personas y darse cuenta que muchas de ellas han contado su historia de vida sin recelo, sin más, como experiencias que, buenas o malas, les han marcado su vida y, posiblemente, cambiaron su rumbo; el escuchar es un ejercicio que se centra en la atención respecto al otro, cosa que hoy por hoy se ha ido perdiendo, por el influjo de las nuevas tecnologías, el escuchar y el ser escuchado se está perdiendo en esta sociedad y una de las finalidades de este trabajo ha consistido precisamente en dialogar con el otro.

El aprender no solo está en las bibliotecas, el internet o los libros; no se va a negar el enorme aporte que estos medios brindan, pero es más gratificante y educativo salir al entorno, a lo que está ahí, todos los días y junto a cada persona e investigar, porque al escudriñar, es posible darse cuenta que, en la mayoría de los casos, la vida se determina de acuerdo a como cada uno la percibe, vive y aprende de sus actos; sin decir si están bien o mal, la idea es aprender del entorno y su gente, no con el fin de estereotiparse, sino de saber y ver cómo, a medida que pasa el tiempo, el modo de formarse las personas cambia de acuerdo a cada época; no se es los mismos de hace 20 años indiscutiblemente, ni se va a ser los mismos de aquí a 10 años; la tradición oral, como tal, está desapareciendo por el desinterés de cada uno por escribir las historias de otros o la propia historia.

El comentario que más de uno de los entrevistados hizo fue: “Si eso le parece interesante...”; el hecho es que es una vida expuesta y que la persona que la vivió no la ve como una historia interesante y, aparentemente, cree que pierde importancia; al entrar en

comparaciones, con este trabajo se ha querido diferenciarse de otros trabajos, que se han dedicado a hablar de historias y leyendas rurales, donde se incluye, al parecer, la misma linealidad y desenlace; las historias aquí reunidas son historias vividas y contadas por personas comunes que, aparentemente, no tenían nada que contar, pero la prueba de que cada vida es una historia interesante se plasma en este trabajo.

Con respecto al reto de escritura que se ha presentado, fue un reto muy interesante, ya que, al querer incluir el relato ya plasmado en el papel, fue posible darse cuenta que las cosas no son fáciles, ya que cada persona tiene su manera de expresarse y su dialecto e idiolecto propios, cosa que dificultó la transcripción y, en la mayoría de los casos, se dificultó captar lo esencial que ellos querían transmitir en su relato y, de esta manera, respetar lo que cada persona quería compartir.

BIBLIOGRAFÍA

CUATÍN NAVARRETE, Guicela y QUIGUANTAR BOLAÑOS, Sandra. *El relato popular en la vereda de Colimba*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2001. (Trabajo de Grado. Inédito).

CUERO ORTIZ, Nelly Zoraida. *Relatos y tradiciones populares del municipio de La Tola, Nariño*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2007. (Trabajo de Grado. Inédito).

DE LA PORTILLA JARAMILLO, Sandra Rocío. *Relatos y tradiciones orales de La Florida, Nariño*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2003. (Trabajo de Grado. Inédito).

ESCOBAR MORILLO, Sandra María y GARCÍA CHAMORRO, Ricardo Germán. *Historia de vida de don Guillermo Coral, curandero mestizo de la zona urbana del municipio de Pasto*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2003. (Trabajo de Grado. Inédito).

LEYTÓN PORTILLA, Oscar Andrés. *Algunos relatos de mi pueblo*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2010. (Trabajo de Grado. Inédito).

ONG, Walter J. *Oralidad y Escritura, Tecnologías de la Palabra*. Bogotá: FCE, [1987] 1996.

ORTEGA JIMÉNEZ, Nancy Patricia. *Minificciones furtivas*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2009. (Trabajo de Grado. Inédito).

PIÑA, Carlos. *La construcción del “sí mismo” en el relato autobiográfico*. Santiago: Flacso, 1988.

ROJAS LATORRE, Ana Constanza. *Una mirada de piel, Texturas de mujer en la ciudad de Pasto*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2009. (Trabajo de Grado. Inédito).

SANTAMARINA, Cristina y MARINAS, José Miguel. *La historia oral: Métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 1993.

SILVA CALPA, Lyda Magaly y REGALADO ZAMBRANO, Tatiana Esmeralda. *Relato popular de aquí y de allá*. San Juan de Pasto, 2008

NETGRAFÍA

Daniela Sharim Kovalsyks. La identidad de género en tiempos de cambio: Una aproximación desde los relatos de vida. [*Psyke*, Vol. 14, No. 2, 2005, p. 19-32]. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=s0718-22282005000200002&script=sci_arttext

Esteban Monsonyi. La Oralidad. Venezuela. Disponible en: http://www.lacult.org/docc/oralidad_02_5-19-la-oralidad.pdf

Guadalupe Arbona Abascal. En torno a una teoría del relato: Flannery O'Connor y José Jiménez Lozano. Disponible en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero31/teorelat.html>

Joaquín María Aguirre Romero. Por qué, cómo y para qué: una (breve, modesta y particular) Teoría General del Cuento. Disponible en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero25/tcuento.html>

José Caamaño. Memoria, identidad y reconciliación: los relatos populares y su dinámica testimonial. Disponible en: www.uca.edu.ure/uca/common/grupo63/files/jos-_carlos_caama.doc.

Luz Aurora Pimentel. El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa. Introducción. Disponible en: <http://www.lpimentel.filos.unam.mx/relato-perspectiva>

Luz Aurora Pimentel. El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa. Mundo narrado iv. La perspectiva: un punto de vista sobre el mundo. Disponible en: <http://www.lpimentel.filos.unam.mx/sites/default/files/textos/cap-iv-relato-prespectiva.pdf>

Relato, de: definición de relato. Disponible en <http://www.ehiztari.com/relatos/definicion.htm>